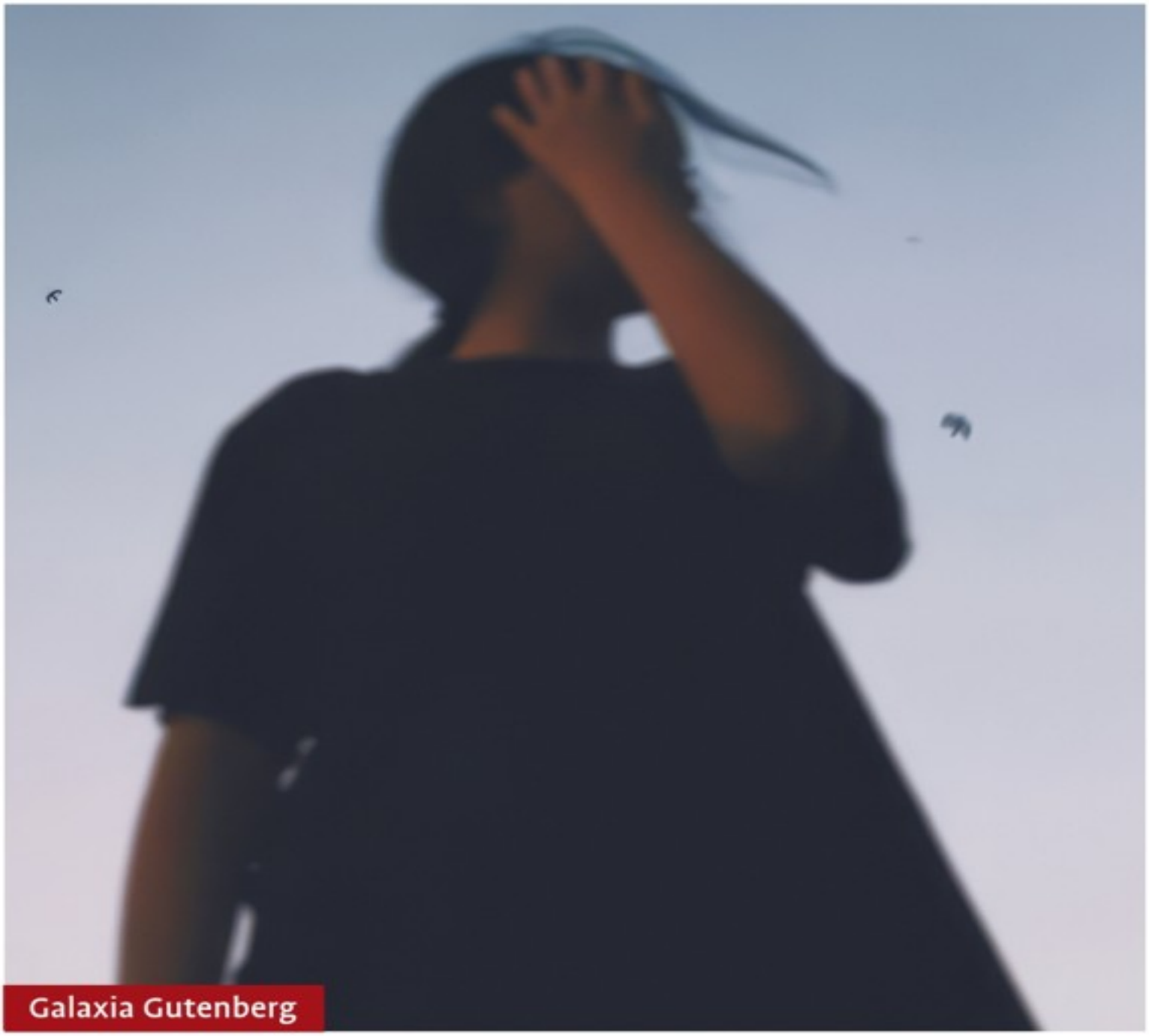


Mohamed El Morabet

Ecos en la nieve



Galaxia Gutenberg

MOHAMED EL MORABET

Ecos en la nieve

Galaxia Gutenberg

Índice

Ecos en la nieve
Ecos en la nieve
Nota



Mohamed El Morabet

Nació en Alhucemas en 1983. Reside desde 2002 en Madrid. Ganó el XV Premio Málaga de Novela con su segunda novela, *El invierno de los jilgueros* (GalaxiaGutenberg, 2022). *Ecos en la nieve* es su tercera novela.

Es invierno. Una mujer lleva días en una choza abandonada en una montaña. A lo lejos se oye el rumor de un arroyo. Hace frío, llueve sin parar. La mujer está tumbada en una colchoneta y apenas alcanza a ver la copa de un cedro por la ventana. Las únicas visitas que recibe son de animales e insectos: un gato, una lagartija, una avispa, unas hormigas, un zorzal. Su existencia se ha reducido a la mínima expresión; sólo se trata de sobrevivir. Fuera de la choza, a veces se oyen ecos de voces: unos montañeros, un borracho. La mujer está embarazada y le cuenta a su bebé la historia de su vida, porque intuye que las personas están hechas de historias, secretos e historias. Y la suya está atravesada por el silencio.

Ecos en la nieve nos sumerge en una prosa nquietante y poética, precisa hasta el destello, donde la acción se detiene en detalles minúsculos y lo aquieta todo. Mohamed El Morabet consigue adentrarnos en un ambiente opresivo donde la naturaleza destrona lo humano.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© Mohamed El Morabet, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Imagen de portada: *Moon Symphony*, 2018
© *Ismail Zaidy*

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 979-13-87605-02-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Berta, que me enseña a escuchar

Las palabras son para la luz, de noche se fugan.

CARMEN MARTÍN GAITE,
El cuarto de atrás

Haré como si me oyeras.

MARGARET ATWOOD,
El cuento de la criada

La lengua está en pedazos y es solo el amor el que habla.

JUAN MAYORGA,
La lengua en pedazos

En alguna montaña.
En invierno.
En una choza.

Por el hueco de la persiana rota se ve la copa del cedro. El azul cielo acentúa el verde de agujas cortas, poco carnosas. Nacen de un tronco majestuoso. Una mujer las observa mientras respira. O al menos eso parece. El viento mece una aguja y bailan todas. El sol acaricia una y sonríen todas. La mujer no se mueve, impasible ante los detalles humildes del árbol. El hueco de la persiana rota deja pasar unos rayos de luz que dan a una mesa sucia, con patas de hierro oxidadas, con la tabla de madera desconchada. Aún conserva pecas blancas del revestimiento de la pintura. Encima hay un plato de acero esmaltado blanco con borde azul marino. Está sin lavar, con huesos de aceitunas del desayuno. O de la cena. Al lado de la mesa, sobre una silla igual de estropeada por la herrumbre, con el respaldo partido en dos, hay una mochila negra con cremalleras rojas.

La mujer es flaca, joven a pesar de las arrugas marcadas de la frente. El pelo grasiento, recogido con un coletero morado, destella su color castaño cuando lo alcanza un rayo de luz. Un mechón le cubre la ceja izquierda. Tiene una pequeña cicatriz en la nariz, casi en el entrecejo. A primera vista parece una marca de nacimiento. Divide simétricamente los ojos e imprime a su mirada una extraña dureza. Los labios agrietados y la palidez del rostro resaltan ese gesto duro. Está acostada encima de una colchoneta mugrienta sobre el suelo. Envuelta en una manta, cubierta con un jaique. Respira suave.

La choza es cuadrada, húmeda. A dos pies de distancia de la colchoneta hay un baúl rectangular. Más o menos de un metro de largo por medio metro de ancho. Antiguo, con la madera podrida y la tapa combada. Las cuatro paredes están desnudas. Ningún adorno. Ningún recuerdo. Ninguna señal de afecto. Los muros son de adobe, piedra y madera. Construidos con impericia, sin esmero a juzgar por el olor a dejadez que desprenden. Una alcayata sobresale de la tapia en la que se apoya el baúl. Un hacha con una soga atada al mango cuelga de un clavo en la pared que separa la ventana de la puerta. Unos palmos abajo, cuelga de otro clavo menos visible un cazo rojo por fuera, por dentro azul metálico con manchas de quemado. La puerta es de chapa, ni cierra ni abre del todo, permanece entornada. El techo es de paja y tierra batida extendida sobre vigas oscuras. Y gotea. Una gota cae sobre el baúl. En el extremo diagonal de la choza, otra gota cae al suelo de tierra. Las dos gotas se alternan. A veces se hacen eco. Primero una, luego la otra. Así desde anoche. Como si se comunicaran en código.

En medio de la choza agoniza una hoguera. Sin fuego, sin calor. Sólo rescoldos.

Por el hueco de la persiana rota se ven bandadas de aves que atraviesan el fondo azul cielo. Vuelan de derecha a izquierda. Tal vez de norte a sur. Un arrendajo se posa encima de una rama del cedro. Triste, con una raya anaranjada en el costado. Castañetea con el pico, vigila. Infla el pecho y reemprende el vuelo. Al rato, una abubilla desciende errática y ocupa su lugar en la misma rama. Más grande, más colorida, igual de triste. Danza el cuello, abanica el

penacho, revolotea a otra rama. Estira las alas. Y luego desaparece. Se oye trinar a lo lejos.

El rasgueo de la hojarasca arrastrada por el viento.
La melodía melancólica de los árboles.

El cuchicheo de los insectos.
El coro de la montaña.

Por el hueco de la persiana rota penetra un aroma saturado a bosque húmedo. Una mezcla a mirto y melisa, tomillo y retama. La mujer se tapa el cuello con el jaique de lana sin tintar, tiene dos franjas horizontales teñidas con extracto de henna. El color garbanzo y los jirones en los extremos del manto atestiguan que arrastra tantos o más inviernos que su dueña. La cabeza se hunde en un cojín blanco con motivos de tréboles marrones. A juzgar por el movimiento respira fuerte, un ronquido leve y apagado. La consonancia acompasa el goteo del techo. Poco a poco se serena. Al rato, cambia de postura. Se pone de lado en posición fetal. Siempre de cara a la ventana. Tira de la manta con la mano por dentro y se la remete mejor bajo los pies. La respiración se acelera de nuevo. Desajusta el ritmo de las gotas. La sangre fluye lenta, recupera su ritmo. Mantiene los ojos entreabiertos, vigilantes.

El roce de las hojas con las ramas adelanta un maullido acompañado por un soplo de aire fresco. Por el hueco de la persiana rota asoma la cabeza de un gato.

Segundos después, el gato entra por la puerta entornada. Sigiloso. Un paso y escudriña la choza. Otro paso y se detiene, alza la cola y las orejas. Olisquea frenético alrededor. Teje un movimiento en varios sentidos, aleatorios. Olfatea el hedor que emana de la manta y el jaique. Se echa para atrás. Se acerca y husmea el baúl. Salta del suelo y da cuatro pasos encima. O, en su caso, ocho. Cuatro y cuatro. La tapa combada rechina. La mujer se agita aunque no emerge del fondo de su universo. Del baúl salta a la colchoneta, golpetea con las garras el bulto que forman los pies de la mujer debajo de la manta, ella flexiona instintivamente las piernas. De la colchoneta se desvía a los zapatos y al bidón de agua. De los zapatos se traslada a la silla, intenta alcanzar la mochila desde el suelo. Sube a la silla, olfatea, y enseguida salta a la mesa. Pisa el plato de acero esmaltado que cae al suelo. Levanta polvareda. El ruido estremece en medio del silencio espeso y se filtra abrupto en el sueño de la mujer. Abre los ojos. Sobresaltada.

«Sssssb.»

«Sssssb», repite un eco débil.

El gato reacciona más al eco que a la voz destemplada de la mujer. La mira curioso un instante y se da la vuelta. Desde el quicio de la puerta, el gato echa un último vistazo al lugar y a su huésped. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Fuera, el viento sopla ligero.

Un maullido. Dos. Tres.

Silencio.

«Un gato negro con manchas blancas, ¿me oyes? No te preocupes, lo he espantado. Me ha mirado y se fue. Aunque más bien creo que es blanco con manchas negras.»

El eco rehúsa aclarar la duda. La mujer resopla, expulsa la angustia que se le apelotona en el pecho. Yergue la espalda contra la pared, estira el torso. Con mucho esfuerzo ajusta los calcetines, las gomas cedidas. Pies inalcanzables para su poca flexibilidad. Se rasca el cabello. Aparta el mechón de la cara. Recoloca bien el jaique encima de la cabeza y sobre los hombros. Se ciñe mejor la manta a la cintura. Humedece los labios con la lengua y mastica la salivilla que se le forma en las encías. Mira de reojo el plato volcado en el suelo, los huesos de aceitunas esparcidos alrededor. Observa extrañada la coreografía del remolino de polvo que ilumina el rayo de luz. Barre de un vistazo la choza de punta a punta. De gota a gota. Repara en la hoguera apagada. Se sopla las palmas de las manos juntas, los dedos entumecidos, las uñas ennegrecidas. Las frota. Exhala dentro del abrigo y mete la nariz para inhalar el aire reciclable de su aliento.

La mujer permanece engurruñida en su rincón. Un hormigueo nace en el estómago y recorre sus arterias. Se convierte pronto en calambres. Espasmos en la zona lumbar de la espalda, en la pantorrilla derecha, en el bajo vientre. Se retuerce, se sacude con energía. Luego se queda quieta. Abstraída en el milagro de vivir sin placer. Absorta en el dolor que no perdona a sus articulaciones. Largo rato. Los ojos entreabiertos. En alerta. Cabecea.

Una gota al baúl. Una gota al suelo.

Un estornino negro sobrevuela la copa del cedro.

Veintidós gotas al baúl. Veintitrés gotas al suelo.

El cuello se desploma pesado en su pecho y abre los ojos. Adormilada, parpadea para desperezarse. Mira la copa del cedro por el hueco de la persiana rota. Concentra el pensamiento en otro lado. Lejos. Muy lejos. En el viaje que emprende la nube que consigue ver a medias. Disfruta la calidez que le produce el rayo de luz que alcanza una mejilla. Confía en que aparezca un pájaro.

La mirada perdida en el porvenir del cielo a través del hueco.

«Me tengo que levantar, ¿me oyes?, al menos un rato.»

Después de un suspiro lastimoso, amaga con levantarse. Antes se rasca la cicatriz de encima de la nariz, cierra los ojos y aprieta el labio inferior. Cada día le cuesta más ponerse en pie. Se incorpora por etapas. Se apoya en el pedrusco junto a la colchoneta, en la pared. Despacio. Luego en el respaldo de la silla. Tropieza. Paso en falso. Casi se cae. Motas de polvo y ceniza se elevan hacia la cabeza mientras giran en espirales inverosímiles. El corazón le late furioso. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

Escupe saliva grumosa. Coloca la manta encima del baúl. Se abrocha el botón del cuello del abrigo negro. Alzar los brazos la agota. Un ligero vahído le nubla los ojos. El equilibrio y el desequilibrio enfrente. La gravedad y su centro. La pared se mueve, se acerca y se aleja. La realidad se altera. El vaivén de la mente. La búsqueda del punto fijo.

«¡Cuidado, mucho cuidado!»

Las rodillas crujen. El peso no perdona, no da tregua. Lo averigua cada mañana cuando se atusa el cabello y descubre el espanto entre los dedos. Siete meses de asombro, de pérdida paulatina, tenaz. Tanto que el ritual de desenredarse los mechones cada semana es un vago recuerdo. Tiene los tobillos hinchados. Evita mirárselos. Rigidez de espalda, bloqueo en la columna vertebral. Siente chispas de dolor con cada pisada. Lo nota al calzarse. Primero el pie derecho con destreza. Luego el izquierdo con torpeza. Percibe el roce de las uñas. Los zapatos aprietan por la punta y por el talón. Cinco pasos hacia delante para asomar la cabeza por el hueco de la persiana rota y le sobreviene la flojera de piernas. Se apoya en la pared. La altitud de la montaña tampoco ayuda.

En el umbral de la puerta, inhala la humedad de la mañana. Ensancha los pulmones. Se enjuga las gotitas de la nariz con las mangas. Parte del jersey y parte del abrigo. Jersey de punto, morado de cuello alto. Mira lentamente al vacío inmóvil. El vacío no le devuelve la cortesía. Otea el colorido del paisaje, las cumbres calizas, el rojo de las accidentadas alturas, desde la vaporosa niebla hasta el sol. La imponente extensión en descenso le sobrecoge el corazón. Alarga la mano con la ilusión de acariciar un manto intangible de tonos verdes y ocres. Verde menta, ocre algarrobo, verde manzana, ocre oro, verde suculenta, ocre bellota, verde olivo, ocre carne, verde pasto, ocre pardo, verde aguamarina, ocre terracota. Una gama primitiva se despliega hasta donde llega la vista, en la última frontera del horizonte. Los pinos cimbrean como péndulos desorientados. El follaje de encinas, sabinas y arces danza a orillas de un sendero cuyos meandros se pierden en ninguna parte

y, sin embargo, la condujo hasta la choza. Una fragancia silvestre a anís y limón choca contra su olor corporal.

«Lo sé, lo sé. No me lo digas.»

Se agarra a la puerta para girar medio cuerpo hacia el bidón.

«Sé que huelo mal. No te rías.»

Oye el murmullo del caudal del río. Entrecortado. Tan lejos y tan cerca. Una cadencia entre de arroyo y de cascada. Ahora tímido, ahora vivo. Va y viene. Como si el viento afinara su instrumento para la balada de la duda. Ladea la cabeza y calibra con la mirada el bidón. Menos de la mitad. Bastante menos. Poco más que un litro.

«¿Tú qué dices? ¿Nos alcanza para mañana?»

Para su desgracia, la belleza de la montaña no concede certezas.

Se arma de valor y paciencia. Más de lo segundo que de lo primero. Debe ir a por agua. Da pasos cortos. De puntillas. Hacia delante, hacia atrás. Eleva al máximo los talones. Frunce el ceño, se le subraya la dureza en el rostro. Fortalece los tobillos, aguanta los pinchazos, aclimata los pies. Sale de la choza.

Pasos.

Gemidos.

Resuellos.

Regresa cargada con troncos, ramas, piñas secas. Se agacha en el límite de las cenizas de la hoguera. Coloca una capa de piñas abajo. Encima, varios troncos gruesos dispuestos en forma de cono. Algunas ramas finas en los huecos. Sacude las manos. Tose, carraspea. Refresca con saliva la garganta. Se arrastra para buscar en el bolsillo de la mochila un cuaderno y una cajita de cerillas.

Cinco cerillas, una sin cabeza de fósforo. Arranca una hoja del cuaderno, la arruga. Besa una cabeza de cerilla con los labios secos.

«Por favor, por favor... ¿Me oyes? Venga, tú también. Por favor, por favor...»

No es fuego, es un consuelo. La ofrenda por las súplicas. El ruego y el trofeo.

Se acurruca delante de la incipiente hoguera. Saltan chispas débiles. Imperceptibles. Como los restos de un grito desesperado a kilómetros de distancia. Observa una sospecha de llama. Vigila cómo prenden las ramas. Una a una. Lentamente. Atiza con una varilla. La de ayer, la misma de hace días. Sopla suave. Con más fuerza. No advierte ningún cambio.

«¡No, otra vez, no! Tenemos que hacer algo.»

Se reclina hacia la mochila, la arrastra. Coge de nuevo el cuaderno. Avienta con energía las brasas. Espera. Se impacienta. Azuza un poco más. Aparta la cara. Se echa hacia atrás. Casi pierde el equilibrio. Un crujido en el pie derecho. Se muerde los labios. Se acuclilla mejor. Fuerza las rodillas. El humo la ciega. El hollín escuece. Cierra los ojos, parpadea. Los frota. Los abre y es fuego.

La recompensa, el alivio. La música del hogar.

Crepita a gusto. Extiende las manos frente a las llamas. Muy cerca. Gira las muñecas un buen rato. Ahora la palma, ahora el dorso. Los dedos se desentumecen. La piel se relaja. Otra vuelta. Ahora el

dorso, ahora la palma. Los poros se dilatan. El vello se alisa. El dolor cede. Recupera brillo en el rostro. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

Una lagartija se adentra en el interior mudo de la choza. Entra por la rendija de la puerta. Atraída por el resplandor rojizo de la llama. Se curva, ondula la cola. Repta hacia el baúl. Fisga. Se pierde entre los pliegues de la manta. Reaparece. Movimientos sueltos y circulares sobre la madera podrida. Pisa el pequeño charco que acumulan las gotas. Indecisa. Desaparece detrás del baúl. Resurge desde un lateral. Desciende rápida. Repta. Para. Repta. Para. Abre y cierra los párpados. Ojos saltones. Rezuman arrojo. Desconciertan. Amaga subirse a la colchoneta. Desiste. Nada. Siempre indecisa. Repta un poco más. Se detiene enfrente del bidón. Eleva la cabeza. Saca la lengua. Quiere acercarse a la llama.

«La invitamos, ¿no?»

Quiere compartir el fuego. Calentarse también. Lo desea.

«Acércate, no temas. Eres bienvenida, te invitamos.»

Retrocede cautelosa. Desconfía. La llama seduce. No arriesga. De repente, la lagartija gira y repta hacia el borde del baúl.

«Asustamos. No quiere, ¿me oyes?»

Trepa un trecho del baúl. Baja. Avanza. Saca la lengua. Repta, para. Repta, para. Absolutamente indecisa. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

El susurro del reptil mengua.

El rumor del río crece.

La mujer saca de la mochila una bolsita de plástico con cuatro patatas y otra con un puñado de higos secos. Se mete dos higos en la boca. Mastica despacio. Se incorpora para descolgar el cazo. Dos pasos y dos punzadas en los tobillos. Acerca el bidón blanco de cinco litros. Otro paso, otra chispa de dolor en la rodilla. Bebe un poco. A sorbos. Tres y aparta el bidón. Nota cómo se humedecen los restos de los higos que aún rumia entre los dientes. Deja que el agua depure su garganta. Siente su trayectoria. Otros tres sorbos. Calibra cuánta queda. Lo suficiente.

Limpia dos patatas discretamente y las coloca en el cazo con agua sobre el fuego.

«Cuando vuelva, ¿me oyes?, estarán hechas.»

Guarda los higos y el resto de las patatas en la mochila.

«Cuando vuelva, ¡sí que me oyes!, estaré deshecha.»

Abandona la choza con una mueca apenas esbozada en la comisura izquierda de los labios. El bidón en una mano. El hacha en la otra.

Muchas gotas, al suelo y al baúl.

La nube se va.

Otra nube llega.

El techo ya no gotea.

La mujer regresa sofocada. Cuelga el hacha en su clavo. Deja el bidón lleno en el suelo. Se descalza, suspira aliviada. Acerca los zapatos empapados a la hoguera, con musgo y excremento pegado a las suelas. Envuelve la mano derecha con el largo de la falda negra y retira el cazo del fuego. Sin apenas agua. Con las patatas

arrugadas, demasiado cocidas. Empercha con cuidado el jaique en la alcayata encima del baúl. Su mirada se posa en el pequeño charco sobre la tapa. Aparta una punta de la manta para que no se moje. Recoge el plato del suelo, lo enjuaga con un poco de agua del bidón.

«Tendrás hambre ya, ¿verdad?»

Se sienta a la mesa. El cazo y el plato delante. De la mochila a sus pies, saca una lata de sardinas en tomate, un tenedor y un cuchillo. Pincha con el tenedor una patata y la traslada al plato. Lo mismo con la otra. Se queda pensativa. Vuelve a guardar el cuchillo en la mochila. Aplasta las patatas con el tenedor. Encima abre la lata de sardinas. Suena un chasquido seguido de salpicaduras de aceite y tomate que le manchan la mano, el abrigo. Fastidiada, vacía la lata. El olor fuerte a pescado en conserva le asquea. Le produce una arcada. Comprime el rostro, reprime el estómago. Y come.

Apura la comida en lo que tarda una familia de hormigas en rodear, rematar y abandonar un hueso de aceituna.

Se enjuaga la boca y regresa al rincón sobre la colchoneta. Se recoloca el cojín lo mejor que puede. Una nube agrisa el cielo que ve desde el hueco de la persiana rota. Posa la mano sobre la tripa. La acaricia con dulzura.

«Tú que me oyes, ¿me oyes? ¿Quieres saber la primera vez que...?»

Hace una pausa, suspende el recuerdo. Espera.

Un retortijón, una patada leve. El despertar.

Los rabillos de los ojos perfilan una sonrisa en su mirada.

«Te noto, sí, por fin, ya estás aquí.»

La medida del tiempo se funde con la medida del espacio y el universo se desborda. Nadie ha trazado aún la frontera que pueda frenar esta felicidad.

La mujer posa la otra mano sobre la tripa.

«Ahora que estás despierta y me oyes, te contaré la primera vez que oí el mar.»

Entrelaza los dedos.

«¿Te apetece? El mar es afortunado, nunca cambia de lugar. Tenía seis años, no, no, miento, tenía siete años. Me llevó mi tía, mi tía materna, la hermana menor de mi madre. No te creas que era vieja o algo así, sólo me llevaba quince años. Y era esbelta, el cabello le llegaba al trasero, a su lado parecía un cachorro. La bronca que nos cayó por bajar a la playa esa mañana aún zumba como un mosquito en el fondo de mis oídos. Aunque ella se llevó gran parte de la paliza. A mí me castigaron por hacerle caso, a ella por atreverse a llevarme consigo. Mi tía lo planeó todo, me avisó días antes. Estábamos en el cobertizo dando de comer a las gallinas cuando me dijo, con seis huevos recién recogidos que sostenía contra sus pechos, que si me apetecía mojar los pies en el mar. Me lo propuso y me extendió tres huevos para liberar su mano derecha. Luego se cepilló con los dedos las plumas que le dejaron los huevos en la blusa. Al principio pensaba que era una de sus bromas. Mi tía me las gastaba y se quedaba tan seria. Aunque por la noche, ya tumbadas, nos partíamos de risa con sus ocurrencias. Una vez me convenció de que si le acariciaba las crines al burro cada mañana durante cinco días seguidos acabaría hablándome. Pues ahí que estuve, no sé

cuántos días, siete u ocho, seguro, sí, dale caricia por aquí por la mañana, caricia por la tarde. Es verdad que luego el burro se encariñó conmigo, se ponía contento al verme, rebuznaba a gusto cuando lo peinaba. Pero nunca me habló. Jamás. Cuando mi tía mencionó el mar se me encendió un brillo en los ojos. Yo no me vi, pero ella me lo notó. Ay, qué contenta se ha puesto mi niña, dijo, pellizcándome el moflete arrebolado. Me hizo jurar que no desvelaría nuestro secreto. Sólo tuvimos que esperar al jueves, que es día de mercado y los hombres salían de casa al amanecer. Ni siquiera desayunamos. Cuando se fueron enfilados, el abuelo a la cabeza, seguido de mis tíos gemelos, la casa se apaciguó. Despistamos a la abuela y entramos a la cocina a hurtadillas. Media torta de pan, dos huevos duros, una botella de agua, ciruelas pasas, tres manzanas y una granada, nos abastecimos deprisa y nos marchamos. Estuvimos dos o tres horas de caminata, balanceando las bolsas, meciendo la comida. Pero antes de oír el mar...»

Advierte por el hueco de la persiana rota cómo la nube ennegrece el cielo. Un golpe de viento repentino remueve cenizas en la hoguera, polvo de la tierra.

A unos metros de la choza, la simbiosis.

Una hiedra estrangula el tronco del cedro.

El cedro carga con su peso y con el de la trepadora.

En silencio. La mujer mira lentamente en derredor. La ventana. El hacha. El baúl. Se fija en la figura que dibuja la humedad en el techo. Entre viga y viga. Una superficie lisa rodeada por una superficie rugosa. Un trazo en un mapa. Un contorno que se diluye inverso en el infinito del iris y se reflecta transformado en una isla

perdida en un océano. Baja la cabeza y sus ojos se posan en el jaique. Destemplada, se pone en pie y se calza. A trompicones.

«Pronto lloverá, ya verás. La montaña es caprichosa, nunca avisa.»

Erguida, se estira pausadamente el pecho. Se toca la tripa, resuella. Con un movimiento lento gira el cuello a la derecha. Luego a la izquierda y descubre que, encima de la mesa, dentro de la lata de sardinas, pasean dos hormigas idénticas. Pone la lata al lado del tenedor en el plato. Con los dedos de la misma mano alcanza el mango del cazo. Con la otra mano coge el bidón y franquea la puerta.

Chorreo de agua.

Suspiros.

Entrechoque de metales.

Quejidos.

La mujer entra con el plato, el cazo y el tenedor aclarados. Los deja encima de la mesa. Coge la manta, descuelga el jaique. Alimenta el fuego con tres piñas y dos ramas. Lo atiza con la varilla. Se quita los zapatos y se tumba.

«Ya me gustaría estar ahora en el mar, tirada en la playa bajo el sol. Así lo conoces tú también.»

Alza la cabeza, rasca el cabello y viaja a la isla remota del techo. Se ausenta en el océano oscuro. Largo tiempo.

«El sonido del mar es, no sé cómo explicártelo. Porque esa mañana con mi tía, antes incluso de ver la arena, ya lo oíamos. También olía. Nos llegaba esa brisa mantecosa de sal y algas. Y

empezamos a correr. Nunca corrí con tantas ganas como ese día. Sólo paramos para deshacernos de las sandalias cuando alcanzamos la arena. Recuerdo muy bien, te lo juro, la sensación de las olas cuando te lamen los dedos de los pies. Te hacen cosquillas. El agua estaba fría pero nos dio igual. Nos desvestimos deprisa y chapoteamos. Porque nadar, lo que es nadar, ni mi tía ni yo sabíamos. Tampoco me atrevía. Mi tía se alejó y se metió más adentro. Venga, no tengas miedo, mírame, decía, el agua me llega al ombligo. Con que me llegara a los muslos yo me sentiría tan feliz. Muy feliz, créeme. Además, la espuma de las olas es esponjosa. Como cuando lavábamos la lana de los jergones en verano. La primera noche, después de secarla al sol y rellenarlos de nuevo, nos tumbábamos encima y nos hundíamos hasta las orejas. Era la única satisfacción que sacábamos de aquella faena. Qué arduo lavar la lana, no se lo recomiendo a nadie. Menos mal que hace bastante tiempo que nadie la usa, ahora hay colchones de muelle y resisten bien. De esto te libras y me alegra muchísimo. Me niego a que te mates a trabajar, ¿me oyes? Lo evitaré, te lo prometo. Después de un buen rato en el agua, nos revolcamos en la arena a mirar el cielo despejado. De repente, nos saluda un chico. Apareció de la nada. Mi tía se ruborizó, se levantó y le dio tres besos. A mí me saludó moviendo el mentón de forma rara. Se alejaron y se sentaron juntos a unos metros de distancia. Los oía murmurar con risitas. Fue cuando entendí por qué cogió una manzana de más. Había quedado con él y me llevó con ella para tener compañía y, a lo mejor, de carabina para tener una excusa por si se cruzaba algún conocido en el camino. ¡Menuda es! Siempre fue atrevida, la envidiaba. A menudo quise ser como ella, imitarla, seguir su ejemplo. En casa, la

molían a palos, todos, incluso la abuela a veces. Se pasaba horas llorando. Un día desapareció y al regresar llevaba puestos pantalones vaqueros. Yo estaba sentada en el poyo de la puerta desgranando guisantes en un barreño y la vi de lejos bajando la colina. La saludaba con la mano cuando se topó con mi tío que salía del cobertizo y, sin mediar palabra, le propinó un guantazo. Estaba a metros y metros y oí cómo estallaba en su mejilla. Me dolió hasta a mí. De noche, en la oscuridad del cuarto que compartíamos, me contó que compró el pantalón en la ciudad, que ahorró meses para conseguirlo, que lo del bofetón no fue nada en comparación con lo que llegó a ver en la ciudad. Me hablaba de los escaparates de las pastelerías y del cine. Yo la quería mucho. Era mi confidente. Me contaba sus aventuras y yo le desvelaba mis deseos. Supongo que la sigo queriendo, la echo de menos. Ahora vive entre fresas. No sé dónde exactamente. Hace tres años que no la veo. Se fue, sin más. De la noche a la mañana. Lo poco que averigüé se lo sonsacaron mis tíos gemelos a una amiga suya que se encontraron de casualidad en la ciudad. Hace meses de esto. Tampoco tenía mucha información. Según ellos hablaba de oídas, que si otras amigas la vieron o supieron algo o que una le dijo a otra no sé qué, todo confuso. Así es mi tía, no dejaba rastro y no contaba lo que iba a hacer hasta que lo había hecho. Más allá del mar, entre fresas, confesó la amiga. Yo imagino que es verdad, a mi tía le gustaba mucho la fruta. No te puedes imaginar cómo se enfureció en la playa cuando partimos la granada y estaba llena de gusanos. No me extraña nada que ahora viva entre fresas.»

Truena.

En alguna parte del cielo encapotado.
Un relámpago. Dos.

La mujer mira por el hueco de la persiana rota. La copa del cedro se balancea en el vacío sombrío. Las hojas luchan contra el viento. Las nubes entristecen a una y se afligen todas. La montaña vocifera. En la hoguera flamea una llama débil. La temperatura desciende. La choza se oscurece. Tiene miedo.

«No temas, ¿me oyes? Dime que estás bien allí dentro. Porque aquí fuera...»

De pronto se aproxima el ruido de unos pasos. Ágiles. Rápidos. De alguien que corre. Son seguidos de inmediato por un silbido. La mujer se alarma. Se retrepa en la colchoneta. Recoloca el cojín. Recostada, se cubre bien el cabello con el jaique. Se rasca la cicatriz de la nariz. Aprieta el labio inferior. Por debajo de la manta posa las manos temblorosas sobre la tripa. Un niño con botas de agua surge delante de la puerta. Se detiene expectante. Se quita la gorra. Examina a la mujer con ojos inocentes. Sostiene en la mano derecha un tirachinas. Sonríe. Se oye silbar de nuevo. Más agudo.

–Hay una mujer –dice el niño, y saluda con la gorra a la mujer.
–No entres –grita una voz áspera a larga distancia.
Botas pisando fuerte la hierba, ramas caídas.
–Está tumbada.
Jadeos.
–No entres, hijo –repite la voz alterada.

Botas que casi se tropiezan.

–Tiene barriga –informa el niño.

Una risotada cerca.

Aparece en el umbral de la puerta un hombre calvo, robusto y con bigote. Una escopeta le cuelga del hombro. Aparta al niño, se pone delante. Lo protege con medio cuerpo. Le tapa la vista. El niño asoma la cabeza por detrás de su padre que lo agarra por el hombro y lo aleja. El hombre lanza una mirada inquisitiva a la mujer. Intercambian expectación y silencio. De ida y vuelta. Empuja la puerta con la mano. Le cuesta, las bisagras chirrían. Adelanta la cabeza para echar una ojeada. Al baúl. A la hoguera. Al plato, al cazo y al tenedor encima de la mesa. A la mochila y al bidón. A la barriga. Hincha las aletas de la nariz en un gesto de asco. Se peina el bigote con el dedo índice. De derecha a izquierda. Jadea. Da un paso hacia delante, esconde por completo al niño detrás de su cuerpo. Y escupe dentro de la choza. El escupitajo se incrusta en la manta, una porción de saliva salpica la colchoneta. Muestra su repugnancia y se da la vuelta.

–Vamos, hijo.

–¿Por qué?

–Vámonos.

–Pero ¿por qué?

–Vamos, he dicho.

–¿Qué le pasa, papá?

–Sigue andando.

–Pero ¿qué le pasa?

–No mires.

–¿Está malita?

–Es mala mujer.

–¿Tiene un bebé dentro?

–Calla.

La conversación se acaba.

Las preguntas del niño se alejan.

La mujer llora. Con el corazón en la garganta. Sin tos, sin carraspeo. Sin réplica de eco. En absoluto silencio. Atenta al oleaje discreto de su cuerpo. A las contracciones de sus músculos. A sus latidos. A la respiración. De repente, empieza a convulsionar. Aspira bruscamente. Las lágrimas ruedan por las mejillas, por el cuello. Se sorbe los mocos de la humedad. Dos lágrimas mojan la manta. Espira violentamente.

«¿Has visto? ¿Has visto cómo es? ¿Has visto cómo son? Me persiguen. Ni aquí me dejan en paz. Ni siquiera esta montaña los aleja. No llores, por favor, dime que no lloras, dímelo, por favor...»

Se enjuga las lágrimas y se fija asqueada en el escupitajo pegado a la manta. Patalea, pliega la manta con los pies para ocultarlo. Una, dos, tres veces. Desvía los ojos hacia arriba, a la sombra del techo. Los transporta a la isla desierta. A su océano. Al mar y sus olas. Al naufragio de su soledad. El tiempo respira en su interior. Siente una patada en la tripa. Dos. Tres. Tiernas. Delicadas.

«Estoy aquí, no te preocupes, ¿me oyes? Ya no lloro, ¿ves?, de verdad, estoy bien. Mírame, ya no lloro...»

Entra una bocanada de aire frío por la puerta. La hoguera despide chispas. Tiene escalofríos. Se levanta.

Un disparo.

A distancia.

Chillido de aves en desbandada.

«¡Pobre niño! Con un padre como ese qué será de su...»

Asfixia el pensamiento y se calza. Con dificultad. Entorna mejor la puerta. Se arrodilla y atiza el fuego. Primero de mala gana, luego con rabia. Ajena a las punzadas en las rodillas, a los pinchazos en los tobillos, a la opresión de los zapatos. Arrodillada al menos alivia el dolor en la espalda. Percibe cómo se tensa, en la parte lumbar, en los riñones. Calcula cuánta leña queda. Bebe a morro un sorbo generoso. Ahoga la hiel, el llanto, la pequeña mentira. Se yergue y avanza hacia la puerta. Se abriga con el jaique. Inspira, absorbe la zozobra y sale.

Pasos.

Gemidos.

Resuellos.

Regresa cargada con piñas secas, ramas, troncos. Suelta la leña sin cuidado cerca de la hoguera. Tolvanera. Ceniza. Aire impuro. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

«¡Tú también! Déjame en paz.»

Se dispone a tumbarse. Se agacha con cuidado. Un movimiento revuelto del estómago. Regusto a sardinas en conserva, a escabeche de tomate ácido. Un reflujo le agria el esófago y enseguida se convierte en arcada. Una arcada que parece ser sólo eso, una

arcada de aviso como las anteriores y enseguida se convierte en náusea. Una náusea que acrecienta el malestar. La confusión. Corporal y mental. Juntas. Revueltas. Y, justo cuando se reincorpora para controlar sus entrañas, no hay vuelta atrás. Sale atropelladamente de la choza.

Vómito al suelo.
Carraspeo.
Flemas al aire.

Una alondra maniobra hábil en lo alto del cielo gris. Cabriola con soltura al hilo del viento. Luego se mantiene suspendida en el aire. Segundos eternos. Al rato, desciende veloz hasta asentarse sobre una rama del cedro. Un instante, dos. Ese lapso impreciso de las aves. Revolotea a otra rama más baja. Atrapa con el pico una oruga verde. La engulle por partes. Observa a su alrededor. Levanta la cresta y emite su reclamo agudo. Chirriante. Desafina en el coro de la montaña. Saciada, entretenida. Indiferente a la escena.

Gargajeos.
Tos.
Esputos.

La mujer regresa a la choza pálida, encorvada. Con ojos irritados, la respiración agitada, la nariz enrojecida. Abatida, busca en la mochila una toalla pequeña. Y se rinde sobre la colchoneta.

«No vomito por tu culpa, de verdad, tú no tienes nada que ver, ¿me oyes? Créeme, no es por ti.»

Se limpia la boca, se seca los labios. Tiembla.

«La crueldad de este mundo es la que me revuelve por dentro, me solivianta. Y no de ahora, ¿me oyes?, lleva así años. Cuando cumplí los once, mi tía desapareció tres meses. Estaba convencida de que no la volvería a ver jamás. No era la primera vez que se fugaba, aunque siempre terminaba apareciendo al cabo de tres o cuatro días. Una primavera estuvo dos semanas fuera, en la ciudad, supongo. Se fue con los nísperos ya maduros. Y regresó como si nada, con el pelo distinto, corto hasta los hombros y estiloso, realmente le quedaba estupendo. Volvió también con los ojos pintados y pantalones nuevos. Incluso trajo regalos, una bolsa repleta. Me compró un vestido añil de flores que era una preciosidad y una pinza amarilla para el pelo. Me encantaba. El vestido me lo ponía en las visitas. Con él puesto parecía una explosión de primavera. La pinza la perdí, y mira que he gastado horas buscándola. A lo mejor se me cayó al pozo o me la robaron, quién sabe. Cuando mi tía entró por la puerta estaba amasando pan, se me abalanzó y me abrazó tan fuerte que casi me estruja el pecho. Y yo con las manos enharinadas. He vuelto por ti, sólo por ti, me susurró al oído antes de comerme a besos. La abuela se puso contentísima. La tía le compró un fular fucsia que nunca tuvo ocasión de estrenar. Y no escatimó en atenciones, ni en ternura. Le preparaba el desayuno como si no hubiera probado bocado en la ciudad. Que si aceitunas maceradas en jengibre con limón encurtido y almendras tostadas, que si pan blanco y mantequilla recién elaborada. Le besaba las manos con devoción, besos escandalosos que se podían oír desde la carretera. Ay, hija, no me comes nada, prueba unas pocas aceitunas más, cuánto me alegra que hayas

vuelto, repetía emocionada la abuela hasta que se entregaba a murmurar bendiciones que la acunaban hasta quedarse traspuesta. El abuelo no abrió la boca y a nadie le extrañó. Siempre fue parco. Las palabras le eran pesadas, se le trababa la lengua, y con la edad prefirió ahorrarse ese suplicio. Para qué hablar si su voz no alteraba ni cambiaba nada. La aldea seguía siendo la misma, el verano predecía el otoño y este el invierno. Ese instinto le bastaba al abuelo para respirar sus días. Lo más que hacía era guiñar el ojo izquierdo varias veces seguidas, como si al parpadear se quitara una pestaña metida en el ojo. Lo hacía siempre que se mencionaba algo en el almuerzo que no era de su agrado o trastocaba su coherencia. Luego se ponía un palillo entre los dientes, empujaba la mesa, eructaba a gusto, cogía su bastón, se calaba el sombrero de esparto hasta las cejas y salía a patear la colina. Mis tíos sí que se ofuscaban, se les torcía el humor cuando ella desaparecía. Los oía rebufar en el cobertizo y reñir sin motivo alguno al abuelo. Incluso le alzaban la voz a la abuela. Y, a la sombra de la higuera, fumaban sin parar esa pipa que tanto les gusta. ¿Y dónde iba, qué hacía? Con mis amigas, me contestaba en la oscuridad de nuestro cuarto, en la ciudad. Y enseguida detallaba sus peripecias y anécdotas, todas disparatadas. Las historias de mi tía se enredaban más que la lana de las ovejas. Ovillos y ovillos de omisiones y filtros y, cuando se daba cuenta de ello, se ponía a tararear canciones de películas que había visto en el cine. Pero no tardó en desaparecer otra vez. Pasamos la tarde juntas, metidas en la cocina preparando mermelada de nísperos y a la mañana siguiente ya no estaba. Siempre se iba de noche. Tres meses, se me hicieron eternos. Por el ambiente enrarecido que dejó tras de sí en casa, con mis tíos

bufando a cada paso, desquiciados sin parar quietos de tanto entrar y salir, con el abuelo dando paseos cada vez más largos. Se ausentaba antes de la siesta y no regresaba hasta la cena. Y, sobre todo, porque yo cargaba con las tareas. Los achaques de la abuela después de la caída le impedían moverse bien y atendía a las gallinas y al ganado, acarreaba alfalfa y paja, bajaba a primera hora de la mañana y a última de la tarde al arroyo cuando se secaba el pozo, horneaba pan y daba de comer a todos sin falta a la hora de siempre. Ni siquiera me sobraba tiempo para acariciar al burro. Pero, aún con todo, eso no era lo duro, duro, ¿me oyes? Cuando la tía se fugaba, ¡dime que sí me oyes!, lo irritante era soportar el silencio. Minutos y horas, días y sus noches, meses enteros. Al menos con su presencia la casa fingía estar alegre, con sus versos y canciones, con sus cuentos incoherentes sin principio ni fin. Me costó horrores acostumbrarme a esos silencios y eso que no puedo afirmar que yo sea precisamente ruidosa. Todo lo contrario. En cambio, los silencios de las ausencias de mi tía me pesaban, no los aguantaba. Como ahora en esta montaña. Este silencio sordo me derrumba, me aplasta.»

Una presión le aplasta la vejiga. Un globo se infla bajo el abdomen y no tiene intención de pincharse. Se rasca la cicatriz de la nariz, la dureza en el rostro, frunce el entrecejo, se muerde el labio inferior. Un gemido contenido. Y se incorpora de golpe, se calza rápido y, en tres zancadas, está fuera de la choza.

Gemidos.

Pis.

Otro trueno. Dos.

«Ya estoy aquí y la lluvia también, al parecer. Hoy no he orinado tanto como ayer. Desde el río, nada. ¿Por qué será? ¿Tú qué opinas? Crees que debo beber más. ¿Tienes sed?»

La mujer espera una respuesta que no llega. El eco sin veredicto. Empina el bidón para dos o tres sorbos. Y se acurruca de nuevo en su rincón. Mal al principio. Poco a poco el cojín se ajusta mejor a su espalda vencida. El dolor la ancla al suelo, a la mugre que se adosa a la colchoneta. Se abriga con la manta y el jaique y observa la parsimonia de la penumbra por el hueco de la persiana rota. La lluvia entona su arrullo monótono. Alza el cuello y sus ojos entrecerrados peregrinan a la isla. A la grandeza del océano. A las cosquillas de las olas. Al recoveco de mar.

Primera gota, segunda gota.

Al baúl y al suelo.

Docenas de gotas.

Por el hueco de la persiana rota irrumpe una avispa impulsada por el viento. Asustada. Huye del frío. Se guarece de la lluvia. Escapa a las inclemencias de la montaña. Se refugia en la atmósfera densa de la choza. Una reina que no se explica cómo sobrevive al invierno, cómo sortea esa latitud. Sola. Sin colmena, sin séquito, desprovista del auspicio de la compañía de las demás de su especie. Vuela muy bajo en el aire tibio. Casi a ras de tierra. Inquieta. La densidad que genera la temperatura en el interior de la choza aligera su cuerpo. Al cabo, asciende y se posa en la hoja afilada del hacha, recorre el hierro frío y desciende por el mango de madera. Se detiene en la soga. Penetra una antena en el esparto insípido, reseco. La retira de

inmediato y bate las alas. Círculos concéntricos, geometría abstracta, la naturaleza y su sabiduría. Se acerca al mismo hueco por donde entró. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Repiqueteo de lluvia.
Zumbido de avispa.
Rugido de viento.

Reaparece al cabo de un instante, dos. Ese lapso fugitivo de los insectos. Inquieta como antes de salir. Quizá vuelve por propia voluntad. Tal vez por empuje de un golpe de viento otra vez. Vuela en picado hasta la silla, se detiene en el asiento. Pasea por una orilla del respaldo partido, no cruza a la otra, y reemprende la inspección. El reconocimiento. El lugar y su fortuna. La choza y su vivencia. El baúl y su enigma. El calor y su imperio. Prueba suerte con los zapatos. El musgo atrae, el excremento repele. Zumba alrededor de la hoguera. Batidas cortas y rápidas hacia delante y hacia atrás. El baile del fuego. Hacia atrás y hacia delante. Réquiem por el enjambre perdido. Seis vueltas y media. Plegaria antes de la llegada de la primavera. Traslada la ceremonia de zumbidos a la mochila. Siempre asustada, siempre inquieta. El eco retorna multiplicados los zumbidos y, por un momento, la avispa se ilusiona. El rojo de las cremalleras seduce, confunde. Nada. Superficie dura y desabrida. Desengañada, vuela a la mesa. Sobrevuela el cazo, no se atreve a meterse dentro. Se entretiene en una gota roja de salsa de tomate sobre una peca blanca de la pintura de la mesa. No la convence. Desiste en el empeño. Sobre el bidón se alborota asustada y se posa inquieta encima de la tapa. Reposa el abdomen, pliega las alas.

Observa, estudia. Perspicaz. Las gotas del techo y del baúl llaman su atención. Circunvuela la toalla por encima de la manta. Un segundo, dos, y algo hace que cambie de parecer. Entonces revolotea hacia el jaique. Explora una de las franjas teñida de henna. Identifica el olor. No es polen, no es néctar, sólo vestigios de una hierba que jamás hubiera elegido en un prado de flores. Recorre centímetros de decepción. Clava su aguijón, no alcanza la barriga. Percibe el efecto sutil de la respiración en el vientre. El oleaje interno. Lo intenta de nuevo, se afana en vano. Aletea en dirección a la frente de la mujer. Atraída por el olor a grasa que segrega el cabello. Un impulso involuntario de la mano la espanta. El zumbido se acelera, se entabla el duelo. Cara a cara. Instinto contra instinto. El hambre contra el sueño. La mano se rasca el cabello. Lo animal y lo humano. La fusión, el mismo desafío, la misma esperanza. La mano se peina un mechón. La avispa abdica y se aleja ruidosa a explorar nuevos destinos. Otro cobijo. Ronda el baúl. Demasiado húmedo, demasiado oscuro. Lo abandona y se da contra la chapa de la puerta. Topetazos insistentes contra la zona que reflecta la luz débil de la llama. Absolutamente inquieta. Se agarra a las bisagras. Baja a saltitos hasta el borde inferior de la puerta. Se fía de su olfato, de la tenacidad que la mantiene viva, de la lucha por crear, por trascender. Divisa un brote verde e insignificante que despunta de la tierra, debajo de la puerta. Se posa encima. Relaja las alas, eleva las antenas. Y chupa, liba en silencio. Como pidiendo perdón. Frena su pálpito, descansa, recupera fuerzas antes de marcharse de nuevo. Y es cazada.

En menos de lo que se ejecuta un parpadeo. Presa de una lengua que la envuelve, mientras es ensalivada y arrastrada hacia dentro.

La lagartija la traga y se adentra en el ambiente mudo de la choza. Con un botín en la boca. Menea la cabeza indecisa en cada zigzagueo y se escabulle detrás del baúl en busca de calor para guarecerse.

Fuera, llueve.

Sobre el cedro y su paciencia.

Una lágrima de lluvia se desliza por una aguja y lloran todas.

La mujer entreabre los ojos. Con el presentimiento de que va a aparecer algún bicho. La penumbra se abate sobre la choza. Sin apenas moverse, mete una mano por debajo del jersey y con la yema del dedo corazón busca el ombligo.

«Esto te gustará, lo sé, ¿sigues dormida?»

Con el dedo quita una pelotilla de pelusa que palpa dentro. Dispara la borra con los dedos, colocados a modo de ballesta, en dirección a la hoguera. Demasiado corto el tiro. No acierta, la pelusilla cae cerca de un hueso de aceituna. La gravedad aplica su ley. La observa distraída mientras vuelve a meter el dedo por debajo del jersey. Baja la cinturilla elástica de la falda. Y masajea.

«Esto mismo hacía mi tía cuando caí enferma. Calentaba sus manos con el aliento, me tocaba primero en el brazo, a ver, a ver, decía, a ver, dónde está la mariposa, dónde ha incubado sus huevos la mariposa, dónde se esconde la mariposa, decía, y hacía andar sus dedos sobre mi antebrazo antes de deslizarlos debajo de la manta y buscar mi ombligo. Esto te gustará, lo sé, murmuraba con una sonrisa en los labios. La sensación al principio me chocaba, me producía gusto y grima, como si de verdad la mariposa viviera y se

paseara dentro del ombligo. Tendría doce años entonces. Y eso que siempre fui fuerte, rara vez enfermaba, salvo los constipados al inicio de la temporada de lluvias. Pero duraban dos o tres días a lo sumo. Un poco de mocos, apenas sin dolor de cabeza, ni me preocupaba. Con un par de vasos de leche hervida con miel, limón y clavo que la abuela preparaba con delicadeza sanseacabó. Como nueva. Pero esa vez fue a más, ¿me oyes? No era un catarro normal, estoy convencida. Mi tía se alarmó bastante e insistió al abuelo para que mandara a llamar a la única enfermera que había a treinta kilómetros a la redonda. No le pasa nada, decían despreocupados mis tíos en el salón. Es una niña sana, en unos días estará retozando en el patio, repetían mientras chupaban de la pipa por turnos. Estuve ocho días tumbada en la cama con una fiebre fría que me hizo sudar a borbotones. Y nunca supe qué enfermedad era. La abuela me contó que ella también enfermó un otoño cuando llegaron las lluvias. Supongo que lo hizo para tranquilizarme. Hay lluvia que riega y lluvia que anega, me aseguró. La lluvia de ese año en la aldea fue copiosa, todo el mundo se alegró, la esperaban ansiosos, aunque fue traicionera. Llegó acompañada con viento de levante y lo removió todo. A mí, la primera. Dañó el níspero y voló por los aires parte del techo del cobertizo. Mis tíos tuvieron que salir corriendo a proteger a la vaca porque un travesaño la arañó en el costado y mugía tanto que parecía que iba a morir. La curó el abuelo, cauterizó la herida con un hierro candente y la vaca bramó a rabiar. Quedó marcada para siempre. Esa cicatriz en el costado le escocía cada vez que arreciaba una tormenta. No sé si por el mal recuerdo o porque no se curó como es debido. Esos días mi tía me masajeaba el ombligo para convencerme de que bebiera unos

cuencos de sopa de codorniz. Te sentará bien, decía con voz cariñosa, ya verás, no hay nada que este caldo no cure. Yo odiaba las sopas, las sigo odiando. Ocho días con el mismo caldo, al mediodía, por la noche, a todas horas. Deseé curarme pronto con tal de no probarlo nunca más. Se acomodaba en el borde de la cama y, mientras me masajeaba, me contaba sus aventuras en la ciudad. Me hablaba de los escaparates, de las cafeterías. Me describía las tiendas del mercado. Y antes de volver a sus tareas, prometía llevarme con ella. Lo hizo en varias ocasiones. Cuando escampe, una tarde de estas te vienes conmigo, juraba con voz amorosa, luego me besaba en la frente y se ausentaba. El jueves de esa semana, al quinto día de enfermedad, volvieron los hombres del mercado y oí a mi tía abroncar a voces a uno de mis tíos en la cocina. Déjala en paz, ni se te ocurra acercarte a ella, gritaba. Luego mi tío no tardó en entrar a la habitación. Se sentó a mi lado, me preguntó cómo me encontraba y comprobó si aún tenía calentura en la frente. Al rato, apareció mi otro tío con un milhojas en la mano. Se me iluminó el alma de alegría cuando me lo ofreció. ¡Qué rico estaba! Me lo comí a bocaditos pequeños para que durara. Lo saboreé despacio, con mis tíos sentados cada uno a un lado de la cama, mirándome con cara de satisfacción y mimándome. ¿Te gustó el pastel?, refunfuñó la tía por la noche. Asentí con la cabeza y me acercó el cuenco de sopa. Te lo bebes entero, ¿eh?, rezongó con voz seca. Ignoraba los motivos de su cabreo. Siempre se enfadaba con mis tíos, incluso lloraba en ocasiones, pero no entendí por qué no podía disfrutar yo también de un milhojas. A menudo ella misma me hablaba de los pasteles que probaba en sus visitas a la ciudad. Esa noche estaba tan disgustada que ni me deseó las buenas noches. Esperó a que

terminara la sopa, retiró la bandeja, vació el orinal, apagó el candil y se durmió en silencio. Dos días después de levantarme de la cama, se fugó. Me enfadé tanto con ella, me sentó tan mal, como si mi enfermedad la hubiera retenido en casa más de la cuenta. Cuando regresó, a las tres semanas, me había bajado ya la regla. Pensé en contárselo, compartirlo con ella, pero...»

Siseo de hojas.

Tintineo de hojalata.

La mujer detiene el masaje sin apartar el dedo del ombligo. Entrecierra un ojo, la extraña dureza en el rostro, humedece los labios con la punta de la lengua y dispone la oreja para identificar mejor el ruido.

«¿Tú qué crees que es? Esta lluvia hostigada no me deja oír bien.»

Un maullido. Dos.

Tintineo de lata de sardinas.

«Ahora sí, lo oigo, es el maldito gato, parece que bebe de la lata. A ver si cuando sacie su sed no se le ocurre meterse dentro. Habrá aprendido la lección esta mañana, al menos eso espero. Con el susto que me dio no lo quiero cerca. Aquí no hay sitio, que busque otro refugio. Prefiero que no me molesten, ni tener compañía. ¿O tú sí?»

Se rasca el cuero cabelludo descontrolada. Una mano fría en la cabeza, la otra caliente en la tripa. Alivia el picor, aplaca el

hormiguillo. Revisa meticulosa las uñas ennegrecidas, sopla la caspa. Y vuelta a rascar.

«Dime que no son piojos, ¿me oyes?»

El gato asoma una patita por la puerta y adelanta la cabeza.

«Sssssb.»

«Sssssb», repite un eco débil.

Estira la mano en un movimiento torpe y coge del suelo un hueso de aceituna. Cerca, una hormiga ronda la pelusilla del ombligo. Dispara el hueso y espanta con él al gato que hace caso omiso a su voz.

«Sssssb.»

El eco apenas reproduce la voluntad de la mujer, ni siquiera infunde miedo. Desde el quicio de la puerta, el gato observa. Un instante, dos. Ese lapso versátil de los felinos. Empina las orejas, vacila con entrar. Un paso hacia delante y se detiene. Otro rato. Sacude con la patita el costado, se seca el pelaje de la lluvia. Varias sacudidas. Al final ronronea, ruega con la mirada, bosteza. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Una gota al baúl.

Desborda el pequeño charco encima de la tapa.

Un hilo de agua se desliza por un lateral hacia el suelo.

En el extremo diagonal de la choza, una gota cae al suelo.

«Es blanco con manchas negras. Sí, lo he visto bien ahora. Tú también te has fijado, ¿verdad? Tiene el pecho casi blanco por completo. Aunque el lomo lo tiene más negro. No sé qué hace aquí, supongo que no es la primera vez que se refugia en esta choza. Yo

lo siento por él, la encontramos antes nosotras. Llevo aquí cinco días y es nuestro hogar. No será para siempre, no te preocupes. Las cosas mejorarán, ya verás, esto es pasajero. Te lo prometo, en serio, ¿me oyes? Mis promesas no son como las promesas falsas de mi tía. Al final nunca me llevó a la ciudad. Escampó y nada. Llovió, volvió a escampar e hizo oídos sordos. No hubo manera. Desde luego insistí, hubo tardes que me puse muy pesada, y aun así jamás me correspondió. Una noche de finales de primavera, me hice la dormida y luego la seguí. Con tantas fugas a lo largo de los años, aprendí a reconocer las señales. Las tardes antes de desaparecer, mi tía era más cariñosa de lo acostumbrado, atenta conmigo y locuaz con la abuela. Se acostaba en mi cama y esperaba paciente a que me durmiera. La oí traquetear en la cocina, imagino que desayunaba o rellenaba la mochila con comida para el camino, y aguardé a que cruzara la puerta de casa. Me levanté, me vestí tan rápido como pude y seguí de puntillas sus pasos en el crepúsculo. El silencio de la noche era plácido, no se oía un alma, ni siquiera al gallo. Deseché la posibilidad de orinar para no despertar a nadie. La primera claridad del alba me pilló a punto de bajar la colina. Miré atrás para echar una última ojeada a la aldea, tan minúscula desde la cima, y sólo distinguía cobertizos y almiares de heno que destacaban en la lejanía. De la casa, agazapada detrás de chumberas, apenas se veía el tejado. Hubo un momento que vi que mi tía se giraba para cerciorarse de que nadie la siguiera. No sé si oyó mis ruidos o simplemente era su desconfianza habitual. Me agaché y me escondí entre la maleza. Aproveché y oriné. Una vez en la carretera aminoré la marcha. Intuí que ya no había pérdida, sólo era cuestión de seguir la vía, andar a paso ligero, respirar bien y no desesperar. A lo lejos

distinguía el perfil de mi tía con la mochila en la espalda. A veces levantaba la mano y alzaba el dedo pulgar cuando notaba que iba a pasar algún vehículo. Cuando alcanzamos las curvas de la carretera, en un descuido, la perdí de vista. El sol ya despuntaba, la temperatura subía y a campo raso, a ambos lados de la calzada, se avivaba el clamor de la primavera. Dudé mucho si continuar hacia delante o regresar a la aldea. Flaqueé por un instante y casi, casi retrocedí. La bronca en casa ya la tenía asegurada. Imaginaba a mis tíos gemelos buscándome como locos por todas partes. Al ver que un camión de bombonas de butano renqueaba cuesta arriba en la misma dirección que yo, decidí terminar lo que había empezado. Llegué a la ciudad sedienta, con un hambre feroz pero ilusionadísima. El sol apretaba fuerte, mis chanclas estaban pringadas de polvo y barro, me dolían los pies, aunque toda mi atención estaba puesta en la muchedumbre que caminaba deprisa y sin rumbo. Te lo juro, tendrías que haberlos visto. Créeme, a la gente no le sobraba tiempo para detenerse a hablar o saludarse. De tanto correr parecía que todos atendían recados de vida o muerte. Eso fue lo que realmente me sorprendió. Nadie se percató de mi existencia, ¿me oyes?, era invisible a ojos de todo el mundo. Eso me encantó, estar ahí de pie y sentirme una más en medio de aquella multitud. Me fijé en dos mujeres cargadas cada una con un cestillo de mimbre desbordado de huevos lechosos y las seguí de cerca un buen trecho hasta que desembocaron en el mercado. En la puerta de una casa de tres plantas había un botijo con agua y un tazón. Me senté en la acera y bebí despacio hasta saciarme. Luego deambulé por las callejuelas. Miraba con asombro cada quiosco, cada puesto de mercancías. Algunos exponían aceitunas de distintos tamaños,

adobos y colores, barreños llenos a rebosar. Me crucé con vendedores ambulantes de jabón casero, tenderos de quincalla. Uno vendía zapatos usados y muñecas de segunda mano, algunas rotas y despeinadas. Había una muñeca sin una pierna y otra desnuda y tuerta, con la cuenca derecha vacía, sin ojo. Dos niñas hermosas cogidas de la mano, de mi misma edad, no tendrían más de trece años, cogieron la muñeca sin pierna, y mientras sonreían preguntaron el precio con el mismo timbre de voz. No oí cuánto valía, pero vi cómo la madre se la quitaba de las manos y la volvía a dejar en su sitio sobre una tela estirada en el suelo. Se alejaron refunfuñando mientras la madre las mandaba callar y las arrastraba con fuerza. Todo era tal y como mi tía me lo describió tantas veces. Pensé que a lo mejor me la iba a encontrar de casualidad en aquel mercado. Pero nada, ni rastro, sus huellas se borraron en el asfalto de la carretera. Me topé con una panadería y gasté una de las tres monedas que tenía en una torta de pan. La comí mientras paseaba tan contenta porque al fin podía vivir por mí misma las aventuras de mi tía. Eso sí, no vi el cine, sólo un par de escaparates de pastelerías. Me apetecía tanto entrar y apreciar los dulces de cerca, aunque sabía que no podía comprar nada. Reservaba las dos monedas para la vuelta. Llegué casi de noche. Me perdí varias veces. Un señor mayor me acompañó un trecho del camino y me indicó por dónde continuar yo sola. Tuve que andar tanto que sólo deseaba estar en casa y deslizarme en la cama. Me castigaron, claro, mis tíos me pegaron, y eso que la abuela intentó impedirlo, pero no pudo con ellos. Los moratones me duraron semanas. Sobre todo, la hinchazón del ojo derecho. Casi ni podía parpadear los primeros días. Pero la paliza fue lo de menos en realidad. Me raparon el pelo.

Eso sí me dolió en el alma. Lloré a cántaros, más por el cabello que por todos los guantazos y patadas que recibí. Uno de mis tíos me rapó con la máquina con que esquilábamos el ganado, mientras el otro me sujetaba los brazos para que no me moviera. Sollozaba y gritaba a todo pulmón por cada mechón que cubría el suelo de la cocina. Fue el abuelo quien se interpuso cuando apareció. Vete a saber dónde se habría metido. Llegó tarde, demasiado tarde, cuando ya no quedaban mechones que esquilar. Ya te crecerá, incluso más lacio, de aquí al verano tendrás una melena nueva, pero no te atrevas a fugarte otra vez, niña, me dijo la abuela en la cama y me tapó con la colcha.»

Otra gota al baúl.
El hilo de agua fluye por los surcos de la tierra.
Estanca su cauce en el límite de la hoguera.
Otra gota al suelo.

La mujer siente que en la nuca rebulle una hormiga. O un piojo. O una pulga. O diez hormigas y ochenta piojos y doscientas pulgas. La magnitud incierta de lo invisible. Saca el dedo corazón del ombligo y con la mano sacude agitada el cuello alto del jersey. Suelta el pelo. Y rasca desenfrenada el cuero cabelludo. Tal vez las hormigas y los piojos y las pulgas habían estado primero en el pelo y decidieron explorar otra porción de su cuerpo. Enseguida reata la melena con el coletero morado.

«¡Condenados bichos! Molestan más que el gato. Al menos tú estás resguardada allí dentro. De no ser así, te comerían viva. Dime, por favor, que estás bien.»

Una voz ronca y pastosa silba una canción cerca.

–*Mi poema…*

La voz vacila un segundo, tal vez atragantada con su propia saliva, y retoma el canturreo.

–*Mi poema es fuego frío. La lluvia no lo apaga, la riada no lo arrastra*.

La voz desentona en el coro de la montaña.

–*Mi poema es sueño de días venideros. Lo escribiré con tinta, con mi corazón y mi sangre*.

El estruendo de una caída aparatosa. La voz enmudece un momento. Al cabo, gemidos de dolor.

–Nadie quiere mi fuego, nadie aprecia mi poema.

Un alarido desolado. Maldiciones a viva voz.

–Malditos zapatos. Maldito mundo…

Una botella se hace añicos contra el tronco de algún árbol.

–Ya está, ni gota, se acabó.

Otro aullido.

–Se acabó el vino, se acabó el elixir, ni una gota… Se acabó.

Zapatos pisando cristales rotos.

–Todo se seca, todo se evapora.

Los mismos zapatos pisando charcos de lluvia.

–Llueve a mares y yo tengo mucha sed.

Carraspeos, esputos, tos.

–Es hora de sufrir sed, viene la sed. Ya está aquí.

La voz ríe a carcajadas.

–Maldita humillación. Maldita deshonra…

La voz reanuda su tonada en medio del chapoteo de la lluvia.

–Mi poema es sueño de días venideros. Lo escribiré con tinta, con mi corazón y mi sangre. Mi poema es fuego frío. Lo tatuarán las niñas con henna en sus manos. Lo rociarán alrededor como savia de marrubio que cura heridas.

La voz se pierde con su tarareo en el laberinto del bosque.

–Mi poema es fuego...

La mujer respira aliviada de que los lamentos y la canción se disipen en otra dirección. Probablemente en busca del sendero, cuesta abajo. Pero lejos. Cada vez más lejos de la choza. Mete las manos debajo de la manta, las entrelaza sobre la tripa. En alerta, mantiene la mirada clavada en la copa del cedro. Por si acaso. Por prevención. Recela del estrépito, de la poesía, de la sinceridad de los borrachos, de los efectos del elixir de trago largo. Los aullidos nunca son buen presagio. Preludian tinieblas. La opacidad que se cierne sobre el bosque a través del hueco de la persiana rota aumenta la desazón. En lo oscuro todo es viable.

Fuera, la hiedra asfixia.

El cedro implora.

El bosque se anega.

«En esta montaña cabe todo el mundo, pero cada cual en su escondrijo. Y a cada cual le basta con sus protestas al parecer. ¿A que sí? Mira que es fácil entenderlo y a cierta gente todavía le cuesta. Y no me refiero únicamente en esta montaña, sino en cualquier parte. Esa gente te impone su condena sin que haga falta que cometas ningún delito. Da igual las muecas de disgusto que

muestres o las ganas que tengas de gozar de tus sentimientos en soledad. Incluso se te arrima más, si reclamas atención para tus propias protestas, se te pega como una garrapata y te chupa la sangre hasta dejarte mustia. Ese tipo de personas te salen al paso dondequiera que estés y más si lo que buscas es tener un momento de paz para ordenar tus pensamientos. Poseen el don de importunarte con su presencia y sus toneladas de tormento. Al final, cuando se marchan, si acaso sigues viva, terminas cargando con su tormento y dejando de lado el tuyo propio. Me temo que de este sortilegio ni esta montaña nos puede proteger, ¿me oyes? Mi familia es de esa clase de gente. En mi caso ni siquiera tuve que irme lejos, ya pululaban a mi alrededor cuando abrí los ojos. Por eso estamos aquí, no quiero que te conozcan, ni que estén cerca de ti. No son tu familia, ¡óyeme bien! Esto grábatelo a fuego en tu pequeño corazoncito. Cuando tú vayas a abrir los ojos, estarán lejos, muy lejos, te lo prometo.»

Se rasca el pelo, exasperada. Pasa a la frente. A la nuca. A los brazos. Otra vez la picazón, el desasosiego que causa. La sensación de fastidio redoblada. La real y la imaginaria. Las dos juntas, la implacable y la imposible. Inseparables. Rectifica la postura, la extraña dureza en el rostro, el cojín aplastado detrás de la espalda. Alza los ojos al techo. Huye. Concentra la mente en la isla desierta. En el océano reluciente bajo las estrellas. En olas adolescentes. En la euforia del mar.

«Con el pelo rapado estuve meses sin sentirme capaz de traspasar el cerco de las chumberas de casa. Los primeros ocho días los pasé encerrada en mi cuarto con mi pena y mi calva. Ni siquiera me atrevía a mirarme en el espejo. En la ducha, me palpaba con

cuidado los bultos y los moratones del cuerpo con la yema de los dedos, descubriéndome de nuevo, como si fuera una auténtica desconocida. A todas luces era yo, magullada, deteriorada, pero seguía siendo yo. Me negué hasta a salir al patio. El ojo morado poco a poco recuperó su textura. Me rascaba la cabeza cada tanto como si aún tuviera mis mechones. La melena tardó en crecer. Vaya si se lo tomó con calma. Los días se hicieron más largos y los cabellos apenas brotaban. Al principio eran tan erizados o más que las espinas de las chumberas. Ya te crecerá, incluso más lacio, de aquí al verano tendrás una melena nueva, dijo la abuela esa horrible noche. Ya, ya, y fui tan tonta que la creí. Mira que desconfío de las palabras, mi fe en ellas siempre fue pobre. Soy consciente de que con el tiempo amontonan más deuda que ahorro. Pero necesitaba que esas fueran sinceras, que me insuflaran una pizca de esperanza. Lo deseaba de corazón. No logramos apreciar en serio lo que tardan en crecer las cosas que amamos hasta que las perdemos, ¿me oyes? Los últimos días de esa primavera transcurrieron sin la menor noticia del paradero de mi tía. Además, la casa se hundió en un silencio enfermizo. Con bufidos, gruñidos y berridos se satisfacía la comunicación. Se decía lo justo para cumplir las exigencias de impulsos básicos. Por lo general, de lo que se hablaba giraba en torno al tiempo y sus cambios, a la tierra y su infertilidad, a la comida y su escasez. Después de abandonar mi cuarto, las mañanas se me esfumaban atareada en la cocina y las tardes se me eternizaban sentada en el poyo de la puerta expurgando lentejas en una bandeja apoyada en mi regazo. Y contemplaba el vasto vacío más allá de la loma, como un tallo en un páramo inhóspito, escondida bajo las grandes alas de un sombrero antiguo del abuelo.

Me lo regaló sin mediar palabra. Se acercó una tarde y me lo tendió. Se quedó paralizado, de pie y enfrente, mirándome fijamente. Cuando vi que se quitaba el palillo de la boca, creí que iba a esforzarse para decir algo. Una disculpa, una excusa. Otra mentira, quizás. Nada. Sólo guiñó el ojo izquierdo varias veces seguidas para desaparecer de inmediato colina arriba. Evitaba a toda costa cruzarme a mis tíos por los pasillos. Comía a solas en la cocina antes o después de que se sirviera el almuerzo. Y cenaba en mi cuarto. Fue en esas semanas cuando aprendí a disfrutar de lo poco que captaba por la ventana. Descorría la cortina, entornaba las persianas y, tumbada en mi cama, conseguía ver el níspero a lo lejos y a las chumberas cerca. Y a muchos jilgueros que sobrevolaban el triángulo de cielo que formaban las persianas entornadas. También aprendí a discernir las voces que mudan las estaciones. Los chirridos de las cigarras a pleno sol que incordian justo en la siesta. El ulular de los desvelos del autillo. Los crotoreos de las cigüeñas cuando descansan de su viaje hacia el sur en el tejado del cobertizo. Los graznidos nocturnos de la corneja. Y hasta fui capaz de distinguir los siseos de los pasos de mis tíos gemelos. Uno arrastraba un pie con dificultad, como teniendo una cojera imperceptible, y eso originaba un soniquete tenue que hacía que su siseo fuera lento y previsible. Al menos los trinos me distraían, ahuyentaban las pesadillas y acallaban el alarido de las paredes. Mi tía regresó a tiempo para probar las últimas brevas. Al enterarse de lo sucedido, encolerizó. Y me reprochó primero a mí por haberme atrevido a seguirla. Luego se enzarzó con la abuela, no creo que la pelea fuera por mí, se dijeron cosas terribles. Quizás llevaban años a cuestas con esa inquina. Después de la cena, se enfrentó a mis tíos. Los acusó de cobardes,

los amenazó con la cárcel. Aquella noche, desde mi cama, no oí que mis tíos se defendieran, ni siquiera abrieron la boca. Lo raro fue que a la mañana siguiente los noté algo más contentos.»

Gota al baúl.

El hilo de agua arrastra en su curso a tres hormigas.

Chapotean bocarriba en un pequeño charco.

Gota al suelo.

Un borborigmo seguido por un retortijón punzante. La mujer aparta el mechón del ojo izquierdo. Frunce el labio inferior, la extraña dureza en el rostro, rasca la cicatriz en el entrecejo.

«Ya están los intestinos cantando otra vez. ¿Son los tuyos o los míos? Da igual, seguro que ambos están vacíos.»

Coge la toalla y se pone en pie. Con dificultad. Una descarga eléctrica petrifica la espalda. Se apoya en la pared. Se encorva para aliviar el dolor. Suspira hondo.

«Nos esforzaremos un poco, ¿me oyes?»

Deja la toalla encima del respaldo partido de la silla. Se cubre mejor con el jaique. Alcanza los zapatos. Se ahorra estirar los calcetines. Precaución al milímetro. Primero el pie derecho con destreza. Luego el izquierdo con torpeza. Da pasos cortos. Hacia delante, hacia atrás. Cuatro pasos de puntillas hacia la esquina del baúl. Rota el cuello a la izquierda y a la derecha. Crepitación inquietante. Hacia la derecha y hacia la izquierda. Repara en el hilo de agua que gotea por el lateral del baúl. Persigue con la mirada su cauce. Se fija en las hormigas ahogadas flotando en el pequeño charco en el límite de la hoguera. Sin llama, con los troncos medio

quemados, el esqueleto de las piñas deformado por el fuego. Reanuda el ejercicio. Hacia atrás, hacia delante. Seis pasos de puntillas en dirección opuesta. Asoma la cabeza por el hueco de la persiana rota. El exterior y sus resonancias. Las nubes y su sombra alargada como un toldo desvaído. La lluvia y su sinfonía. El cedro y sus años de resistencia. Eleva al máximo los talones. Las arrugas de la frente subrayadas. Estira el torso despacio. Los brazos en cruz le pesan. Se frota la tripa.

«Lo conseguiremos, ya verás.»

Se agacha y saca de la mochila las bolsitas de plástico y el cuaderno. Se acurruca ante la hoguera. Con la varilla remueve los rescoldos, recoloca los troncos en el centro. Y azuza el fuego. Las hormigas muertas en el pequeño charco vuelan por el aire. Algunas gotas salpican el bidón y la mochila.

«Pondré las dos, son las últimas que quedan, aunque no las comamos ahora. Para la cena estarán cocidas.»

Se incorpora para buscar el cazo sobre la mesa. Deposita las dos patatas dentro y las cubre con agua. Coloca el cazo sobre una llama floja.

«Unos pasos más y volvemos al rincón. Así fluye un poco la sangre, ¿te parece bien?»

Y vuelta a dar los mismos rodeos por la choza.

«Tú cuentas hacia delante y yo hacia atrás. ¿Te gusta? Venga, empieza tú, uno, dos, tres...»

Sincronía y fortaleza, la esclavitud del dolor.

«... tres, dos, uno.»

Ritmo y paciencia, la fragilidad de los huesos.

«Uno, dos, tres...»

Fuera, el viento sopla raudo.

El rumor del caudal del río.

Tan cerca y tan vivo.

La mujer bebe a morro tres sorbos, o dos. Empinar el bidón hace que se tambalee. Casi pierde el equilibrio. El agua le moja la barbilla. Una gota gorda rebota en la tabla de la mesa. Luego perece en el suelo de tierra, cerca de un hueso de aceituna. La mujer amaga con regresar a la colchoneta, coge la bolsita de higos secos. Antes de recostarse, deja los higos sobre la manta y sacude el cojín. Salen disparados bichos y pelusillas. Los tréboles marrones recuperan su silueta natural. El ambiente se encrespa revoltoso. La esponja libera insectos, el martirio padecido durante horas. O durante años. Torbellino de aire perfecto para la convulsión. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

«Eso pienso yo también.»

Escupe saliva terrosa en dirección al pequeño charco en el límite de la hoguera. Encorvada, regresa a su rincón. Y se tumba.

«A partir de aquel día, no, ¿o sí?, creo que sí, fue justo a partir de ese día, ¿me oyes?, cuando mi tía dejó de contarme sus aventuras en la ciudad.»

Se mete dos higos en la boca.

«Y a partir de aquel día, la abuela empeoró. Una noche se metió en la cama y semanas después la abandonó siendo un cadáver. La muerte se tomó su tiempo. No sé si sufrió. Sospecho que la vejez no es ninguna fiesta. Tampoco averigüé qué le susurraba a la tía los ratos que pasaba a su lado cada tarde. Murió con el cielo limpio y con un sol naciente que apenas rozaba la hierbabuena del patio. Hay

sol que abraza y sol que abrasa, repetía a menudo la abuela, sobre todo cuando el sol achicharraba, sobre todo cuando ella me negaba su cariño, sobre todo cuando me arrojaba encima su fealdad. Imagino que murió por la mañana, sin desayunar y antes de que acabara el verano, sólo para desafiar su refrán. Que el sol acariciara su sombra antes de desvanecerse del todo no dejaba de ser una última concesión, una absolución, como si vislumbrara desde la cama las puertas del paraíso. Encima eligió un jueves para irse. ¿Tú crees que lo hizo para no ver más a mis tíos y al abuelo? Cuando regresaron del mercado, ya sólo era un cuerpo lívido y aún tibio debajo de la sábana y la casa olía entera a incienso. Y nadie lloró. Aun así, la muerte es ruidosa, créeme, demasiado ruidosa a veces. Con o sin lloros, con o sin sollozos, su rito es estridente, molesta en el oído como un golpeteo de pandero en manos inexpertas.»

La mujer mastica despacio. Traga. Resopla. Otros dos higos.

«Antes incluso de enterrarla, todos en casa ya pensaban en qué comer. Llenaron cubos de agua, afilaron cuchillos, prepararon la soga y sacrificaron un cordero. Cuando se apagaron los balidos, el duelo pronto adoptó el ruido de mil faenas en la cocina. Al mediodía usaron unas andas para sacar su cadáver. Lo pusieron encima del burro que encabezó la procesión. Menos mal que se han ido, hay que tener listo el estofado antes de que vuelvan, dijo la tía intuyendo que los hombres volverían hambrientos del cementerio. La muerte además de ruidosa, ¿me oyes?, da mucha hambre, muchísima.»

Se mete el último higo en la boca. Alza la mirada hacia la sombra entre las vigas del techo.

«Con las visitas para dar el pésame, el cordero duró tres días. El único que perdió apetito fue el abuelo. A la mañana siguiente de enterrar a la abuela, salió a pasear casi al amanecer. Oí que se mojaba la cara y se sonaba la nariz en el lavabo de la cocina. Cuando me levanté a preparar el desayuno me sorprendió que se olvidara de su sombrero de esparto en la encimera. Pensé que, con el calor y la fiereza del sol, no tardaría en aparecer. Pasaron horas y horas hasta que empecé a preocuparme. Cuando servimos el almuerzo y él todavía no había regresado, temí lo peor. Compartir mesa con mis tíos gemelos y verlos engullir carne sin apenas masticar ni pestañear me dio un asco profundo. Comí casi sin despegar los ojos del plato. Mi tía tampoco dijo nada. Fue al anochecer, bastante después de la cena, cuando oí sus pasos torpes en la casa. Como no podía pegar ojo, me levanté. Sentí su respiración jadeante en la oscuridad de la cocina. Sentado en el taburete se reprimía para no llorar. Al percatarse de mi presencia, alzó la cabeza, vino hacia mí y me abrazó. Si no recuerdo mal, era la primera vez que me abrazaba. Fue un abrazo tan sentido, tan sincero, que me quedé quieta, completamente paralizada. Fue una sensación clemente, te lo juro, me conmovió hasta en las entrañas. En casa apenas nos tocábamos y si lo hacíamos era para darnos empujones, pellizcos o guantazos. En ese instante, me abrazó por pura bondad, su cuerpo me entregó su generosidad sin regateo. Lo supe, créeme, lo noté. Luego, con las palmas de sus manos rudas, me cogió las mejillas y me besó en la frente. Lo siento, lo siento mucho, tartamudeó con voz quebrada. Como si en sus paseos y en su alargada ausencia hubiera necesitado pronunciar algunas palabras sólo para percatarse de que todavía seguía en el mundo de

los vivos. Enseguida abandonó la cocina, se metió en su habitación y cerró la puerta tras de sí sin ningún ruido. ¿Tú qué dices? ¿Cómo crees que durmió, si es que consiguió dormir, en esa habitación que compartió durante décadas con la abuela y que aún olía a incienso y a cadáver? ¿Qué habría sentido? ¿Me lo explicas, por favor? La cocina estaba a oscuras, pero juraría que sus ojos contenían ríos de lágrimas. Llevaba años sin oír su voz, ni me acordaba de su timbre ni de la última vez que dijo algo en mi presencia. Seguro que se esforzó lo indecible por hablarme. Y eso que en ese momento ni sabía por qué me pedía perdón.»

Una gota al baúl.
Una gota al suelo.
El eco de siempre.

Por el hueco de la persiana rota se mete un zorzal. Desubicado. Se eleva hacia las vigas del techo. Las recorre una a una un buen rato. Luego se posa encima de la mesa. Reposa el cuerpo. Con la mirada recorre el cuadrado de mundo que tiene alrededor. La manta y su mugre. La hoguera y su ceniza. El baúl y su podredumbre. Ronda el plato y el tenedor. Un rato por la derecha, otro rato por la izquierda. Siempre desubicado. Tantea con el pico. Quizás busca alimento para su descendencia. Tal vez sus crías esperan a que vuelva aprovisionado. De inmediato vuela hacia el baúl. Pasea sobre la tapa, pisa el charco de agua de la esquina. Una gota del techo cae en su espalda. Estira las plumas asustado. Y desciende al suelo. Castañetea. Ladea enloquecido la cabeza. Se distrae con los zapatos. Se acerca al charco en el límite de la hoguera. Picotea un hueso de

aceituna. No lo convence, lo abandona. Al rato, hunde el pico en el agua. Bebe con cautela. Un sorbo y mira alrededor. Otro sorbo y otra inspección en derredor. Bebe un poco más. Con desconfianza. En silencio. Con una esperanza que vence al conocimiento y reta a la experiencia. Se aproxima a unos pliegues de la manta que tocan la tierra. Se detiene curioso. Un instante, dos. Ese lapso impreciso de las aves. Retrocede, bate las alas y reemprende el vuelo. Hacia la puerta, hacia las vigas, hacia el hacha. Sobrevuela el cazo con las patatas encima del fuego. Absolutamente desubicado. Busca el hueco de la persiana rota por donde entró. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

«Todos los habitantes de esta montaña vienen a saludarnos, ¿eh? ¿Qué será lo siguiente?»

La mujer aún contempla la danza del zorzal con los ojos de la memoria.

«No te creas que la compañía de este pájaro que acaba de salir me consuela. Para nada. Me entretiene, pero me zarandea por dentro, muy dentro. Tú dime que no notas nada, por favor. Las visitas de estos animales me sublevan porque entran con la misma libertad con que se marchan. Por eso no quiero tener compañía, ¿me oyes?»

Siente presión en la vejiga. No quiere levantarse. Se resiste. Cruza las piernas. Aprieta el bajo vientre. Se cubre mejor con el jaique. Remete la manta con los pies. Cierra los ojos. Un rato, otro. Los abre y los dirige al refugio del techo. Al sol amigo que plancha el océano. Al descanso de las olas. Al espejo de mar.

«Pocos meses después mi tía se marchó. En cuerpo esta vez, porque se había marchado antes cuando decidió condenarme con su silencio. Desde la muerte de la abuela dejó de canturrear, de tararear y también dejó de hablarme. Y nunca supe sus motivos, ella tampoco se desvivió por explicármelos. Los muros de casa de pronto enmudecieron como una larga noche en un templo. Dormíamos en la misma habitación y la distancia que separaba nuestras camas se hizo herida. Lo poco que decía sonaba como los bufidos de mis tíos. Y esta vez no se fugó, ni se marchó de noche. Fue de día y a pleno sol. De hecho, hasta me lo contó. A lo mejor se había cansado de hacerlo a escondidas. Me avisó días antes. Me voy y dudo que vaya a volver, me dijo una mañana cuando nos cruzamos en el cobertizo. Te quiero mucho pero no puedo vivir más tiempo aquí, añadió antes de abrazarme. Luego espantó a las gallinas y, entre cacareos, se agachó en busca de huevos. Su abrazo frío me heló el corazón. Dos días después se fue y la herida acabó por supurar. Todavía no sé qué le hice, qué daño le provoqué. Su actitud desató tanta soledad que me hizo pedazos. Fue un martes templado, pese a que las nubes anunciaban lluvia. Desayunó y se fue. Vi cómo se alejaba colina arriba hasta que desapareció. Luego me di cuenta de que ni siquiera había fregado los platos, ni se llevó su mochila. Allí está, junto al bidón, ¿la ves? Terminó siendo mía y acompañándonos a esta choza. Incluso el cuaderno con que avivo el fuego era suyo. Lo encontré dentro y ahí se quedó. Claro que lo abrí. La mayoría de las páginas están en blanco. Había pocas escritas, no era exactamente escritura, sino sumas de números, columnas de cuentas de sus ahorros. Fueron las páginas que usé el primer día que llegamos aquí para encender la hoguera. Ahora vive entre fresas, ya lo sabes, más allá

del mar. Espero que esté feliz, la verdad. No le deseo ningún mal, no le guardo rencor, de verdad que no. Si apareciera ahora mismo por esa puerta hasta me levantaría para colmarla de achuchones y besos. No, en serio, millones de besos, ¿me oyes? Tú que me oyes, sabes que no te miento, que todavía vive en mi corazón. Sé que lo sabes. Ojalá llegues a conocerla algún día.»

La mujer arruga los ojos, la extraña dureza en el rostro, y se incorpora. Al fin desiste. La presión gana. Alcanza los zapatos y, con la debilidad que atraviesa sus piernas palmo a palmo, sale de la choza.

Repiqueteo de lluvia.

Pis.

Rugido de viento.

La mujer entra a tientas, sin apenas bajarse la falda. Respira con dificultad. Con mucho esfuerzo se acuclilla para lavarse las manos con agua del bidón. Aprovecha y se moja la cara. Se arrastra y alcanza el tenedor encima de la mesa. Comprueba las patatas del cazo. Demasiado duras. Calibra el agua a ojo. Aparta el cazo. Alimenta el fuego con dos piñas y dos ramitas. Mientras sujeta el mango del cazo con el largo de la falda, remueve con la varilla la leña. Con cuidado. Deja el cazo en el suelo. Busca el bidón y vierte más agua sobre las patatas. Las deposita de nuevo en la hoguera. Le cuesta, el cazo baila. Mientras se concentra en la tarea, siente la misma presión de hace unos segundos en la vejiga. Agachada, frunce el ceño y se incorpora. La presión se impone. Abandona de nuevo la choza.

Pis.

Resoplidos.

Pis.

«O todo o nada, ya lo ves. Las ganas de orinar se ausentan en horas y de golpe...»

La mujer vuelve aliviada, se descalza. Acerca los zapatos salpicados de orina a la hoguera, se ajusta los calcetines. Luego regresa directa a su rincón en la colchoneta.

«Dime que no te estoy aburriendo. Sabes que no es mi intención. Si te estoy contando todo esto es para que me conozcas. Creo que así sabrás mejor quién soy y quién eres, quiénes somos, ¿me oyes? Ahora somos una, respiramos juntas, todavía estamos unidas, pero pronto abrirás los ojos y volarás con tus propias alas. Hazme caso, por favor, y nunca olvides que todas estamos hechas de historias. Nuestra vida se reduce a un montón de historias. Secretos e historias, un sinfín de máscaras que el oído filtra a su antojo. Sí, como lo oyes. Algunas se cuentan con alegría y otras se remolcan en silencio. La historia de mi tía se detuvo cuando abandonó la casa. Enseguida llegó el invierno y trajo consigo la amargura y la...»

Hace una pausa, suspende el recuerdo. Cierra los párpados. Llora.

A unos metros de la choza, el cedro ruega en soledad.

Sin pájaros.

Sin gorjeos.

Sólo sombra.

«Desde que mi tía se fue, mis días se chamuscaron. Se volvieron amargos igual que los caldos y las sopas que tanto aborrezco.»

Se oye el susurro de una conversación indistinta. Varias personas hablan entre ellas. La mujer se retrepa sobre la colchoneta, la extraña dureza en el entrecejo. Se enjuga las lágrimas de las mejillas. Se sopla las manos juntas. Se cubre el cabello con el jaique. Mete la nariz dentro del abrigo. Los pasos se acercan. Las voces son más nítidas. Las botas rasguean hojarasca mojada. Alguien pisa un charco de barro.

–¡Mierda! Mira cómo he puesto las botas.

–Llevas todo el día quejándote.

–Son nuevas, ¿qué es lo que no entiendes?

–Pasaron a ser viejas cuando las compraste. ¿Qué es eso?

–Es la choza de la vieja loca del mercado. No te acerques.

Alguien se suena la nariz.

–¿La vieja del mercado? ¿A qué te refieres?

–Tú hazme caso, no te acerques.

–¿Por qué?

–Hace unos meses casi me da con un hacha.

Alguien ríe.

–Pero ¿quién es?

–¿No la conoces? Suele estar en el mercado.

–¿El mercado por el que pasamos esta mañana?

–Yo la vi una vez.

–Pues cuéntale a este cómo se las gasta.

Alguien resopla.

–Sois unos exagerados, seguro que no hace nada.

–Lo digo en serio.

–Algo le habrás hecho para que te tire un hacha.

–Qué va, sólo me acerqué a esa asquerosa choza y me asomé.

–Pero ¿habías llamado antes?

–Que no, que te digo que es medio bruja. Está loca.

–Eso dices siempre de la gente pobre. Conozco tus teorías.

Alguien chasquea la lengua.

–¿Qué teorías? Cuenta, cuenta.

–Este, que siempre que ve a un mendigo o un vagabundo asegura que está loco.

–No es nada descabellado.

–¡Vaya, tú también!

–Cuéntale lo que nos pasó la primavera pasada en la otra montaña.

–Que no, que no, que confundís la pobreza con la locura.

–En esto tiene razón.

–Ya veo que nos das la razón como a los tontos, según sopla el viento. Aclárate.

–Dejadme en paz. Estoy cansado.

Alguien se aproxima en dirección a la choza.

–No es que las confunda, sólo que los pobres están más cerca de la locura de lo que pensamos. La pobreza es difícil de sobrellevar, nada más.

–Dicho así, tiene razón, ¿eh?

–¿De verdad que nunca la has visto?

–¿A quién?

–A la vieja, ¿a quién si no?

–Ya te digo que no me suena de nada.

–Seguro que la has visto.

–Te digo que no, pesado.

–Sí que la conoces, estoy convencido.

–Suele estar sentada al lado de la carnicería, a la salida del mercado.

–Pues ni idea. Me queréis convencer, pero os digo que no la conozco.

–Yo no me acerco a esa choza ni loco.

–Aléjate, que no quiero problemas.

–Te las das de montañero y ahora te acobardas.

Alguien se acerca unos pasos.

–No te acerques, de verdad.

–Venga, qué os pasa. A lo mejor hay agua.

–Quita, quita.

–Vamos, déjalo. Es cuesta abajo, si nos damos prisa en hora y media o así llegamos al pueblo.

–¿Tanto miedo os da esa pobre mujer?

–Es peligrosa, en serio. En el pueblo nadie se le acerca.

–Y si todos en ese pueblo se arrojan por un acantilado, ¿tú también saltas o qué?

–Ya te digo que un día me asomé y me tiró un hacha, casi me deja tullido.

–¿Y qué pasó después?

–Nada, me miró, escupió y balbuceó algo. Un mal de ojo, seguro.

–Pasas de teorías a supersticiones según te conviene, ¿eh?

–Haz lo que quieras. Yo me vuelvo al pueblo. Y tú, ¡dile algo a este cabezota!

–Venga, vámonos, que no quiero que nos pille la nieve de noche en medio de esta montaña.

–No creo que nieve.

–Lo que tú digas.

–Y tanto…

–Veo que hoy te ha dado por llevar la contraria.

Alguien retrocede unos pasos.

–Eres un cobarde.

Alguien resopla lejos.

–¿Y vuestra curiosidad?

Alguien contesta algo ininteligible.

–¿Y tu sensatez?

–Siempre está conmigo.

La charla se aleja.

La lluvia cesa.

La mujer exhala dentro del abrigo. Saca la nariz e inhala hondo. Echa un largo vistazo a la hoguera. Por el hueco de la persiana rota entra una ráfaga de aire fresco. Se sorbe los mocos. Carraspea. Vuelve a meter la nariz dentro del abrigo. Por debajo de la manta posa las manos sobre la tripa. Atiende al oleaje tímido de su cuerpo. Una patada apenas apreciable. Percibe las garras del sueño. Los músculos se relajan. Los ojos pesan. Antes de que se apaguen del todo, los alza hacia el mapa entre las vigas. A la isla y su misterio. Al océano y su imaginación. A las olas y su juego. Al mar y su honradez.

Una gota al baúl. Una gota al suelo.

El agua del cazo se evapora.
La piel de las patatas se socarra.
Sesenta y nueve gotas al baúl. Setenta gotas al suelo.

La lagartija sale de detrás del baúl. Primero asoma la lengua, luego el resto del cuerpo. Repta en dirección al fuego. Para. Repta un poco más. Para. Un instante, dos. Ese lapso inseguro de los reptiles. Ladea la cabeza, parpadea indecisa. Los mismos ojos saltones de la mañana. Se aproxima a la mochila, repta por encima. Luego baja. Vuelve a acercarse al fuego. En el límite de la hoguera se detiene. Relaja el cuerpo, absorbe calor. Repara en el pequeño charco. Se acerca siempre indecisa. Bebe, lame agua con la lengua. Mira alrededor, todo sigue igual, todo permanece inmune al tiempo. La lógica de la montaña. Reanuda la exploración. Repta hacia la colchoneta, la bordea. Sube por la pared. Baja enseguida. Pasea sobre la manta. La mujer duerme, exhala vaharadas de aliento caliente dentro del jaique. De golpe, la lagartija repta veloz y con la lengua atrapa una hormiga que brega con un hueso de aceituna. Excitada, busca otras hormigas. Fisgonea cerca de la silla. Repta, para. Repta, para. Absolutamente indecisa. Debajo de la mesa caza otras dos hormigas. Dos en una, de golpe.

A unos metros de la choza, el gato ronda el cedro.
Perezoso.
Nada curioso.
Muy hambriento.

La lagartija regresa al fuego, descansa, observa atenta los rescoldos. Por el hueco de la persiana rota penetra un aroma a sotobosque recién llovido. La mujer aparta un mechón de la ceja izquierda, se agita. Rasca la cicatriz en el entrecejo. Luego cambia de postura. Se pone de lado en posición fetal. Siempre de cara a la ventana. Respira fuerte. Al rato recupera el ritmo pausado de su ronquido leve. Por la rendija de la puerta entra silencioso el gato y sorprende a la lagartija. Le da con las garras, la empuja en las cenizas. Escocida por el arañazo, la lagartija ondula la cola, alza una pata y se defiende. Empieza la pelea, la ley de la naturaleza. Cuerpo a cuerpo. La supervivencia en disputa. El hambre contra el hambre. El gato y la lagartija, quietos, se examinan, se miden mutuamente a centímetros de distancia. Las patas en alza, preparadas para la defensa, listas para el ataque. La lagartija se envalentona y devuelve la patada. El gato se echa hacia atrás. Un paso, dos, tres. Asombrado, estudia detenido a su rival. Al cabo, ataca, empuja a la lagartija hacia el fuego. La lagartija responde entre indecisa y asustada. Huye por un lateral hacia la puerta. El gato la intercepta, le corta el paso. Las garras en el aire otra vez. Giran, dan vueltas mientras no cesan de propinarse patadas. La lagartija maniobra para escabullirse. El gato mueve ágil el cuerpo para detener su huida. Otra pausa cara a cara. La lagartija salta en un movimiento inesperado y muerde al gato en una pata derecha. El gato se sorprende, ruge, arquea el lomo y se echa atrás. Amaga con atacar de nuevo. La lagartija no se achanta. Miradas desafiantes, garras empuñadas, lenguas fuera, dientes dispuestos para lo que el destino quiera ofrecer. La lagartija aprecia su ventaja y ataca decidida. El gato retrocede y pisa la hoguera, se quema las patas traseras. Se

sacude con violencia, se retuerce, y con un tirón de la cola vuelca el cazo de las patatas. Levanta ceniza en la hoguera. Una patata cae entre dos ramas quemadas. La otra rueda hasta que termina en el pequeño charco. El estruendo de la riña se mezcla con el frío y la mujer abre los ojos. Molesta, cansada, dolorida.

«Sssssb.»

La lagartija aprovecha que el gato se lame las patas para aliviar el escozor del fuego y se escapa, se refugia a salvo detrás del baúl. El gato se percata de la presencia enfadada de la mujer, le dedica una mirada triste. Alza las orejas, enrosca la cola. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Fuera, el viento sopla manso.

El rumor del caudal del río.

Tan lejos y tan tímido.

«¿Has visto? Dime, por favor, que has visto al maldito gato. Te has fijado, ¿verdad? Tenía que ser él, ya te avisé esta mañana, no me digas que no. Por esto mismo no quiero tener compañía. Encima me mira con carita de pena como si nunca hubiera hecho nada malo. Ya sabía que las desgracias vienen una detrás de otra, pero ahora me queda claro que no tienen fin. Por más que piense que ya tengo suficiente, que ya no puedo aguantar más, sucede algo que me hunde hasta ahogarme. Ya debería saberlo de memoria, pero no aprendo, ¿me oyes? Soy una ingenua, siempre lo mismo. Estoy harta, hartísima de esta sensación de tropezar en los mismos errores una y otra vez. De verdad que estoy harta. Tendría que haber forzado la puerta y cerrarla del todo. Si no lo hice el primer día fue

porque me dio miedo que nos quedáramos aquí encerradas las dos. Y no lo puedo permitir, ¿me oyes? Ya viví mi encierro, créeme, de sobra conozco ese infortunio. Y a estas alturas lo tengo claro, quiero estar sola en este momento, a solas contigo. Sí, contigo y con tus patadas. Y lejos. Lejos del ruido ingrato, lejos de la aldea, lejos de casa y de las bestias. Por eso viajo a esta isla yerma del techo, porque me acerca a ti. Esas olas nos hacen cosquillas en los dedos de los pies a las dos. De verdad, sólo quiero oírte a ti y sentir que te mueves allí dentro como si flotaras en el mar. ¿A que me oyes? Me atormenta la espalda, los tobillos me matan, este hedor me repugna, tengo muy pocas fuerzas en los huesos y las que me quedan las reservo para ti, para cuando decidas salir. No hay prisa, ¿me oyes?, tómate tu tiempo. Por esto mismo, cariño, no quiero compañía. Aunque este silencio me derrumba, ya lo intuyes. Y sé que lo puedo resistir. Lo resistiré. Lo resistiremos. Si no he hecho otra cosa que resistir. La vida me ha puesto delante obstáculos más duros y grandes que este. Siempre he soportado mejor el silencio que la desidia, incluso he aguantado mejor el desprecio que la mentira. Lo soportaré. Lo soportaremos juntas, tú me das fuerzas. Al menos, hasta que consiga verte, hasta que te oiga llorar. Deseo tanto que llegue ese momento que a veces creo que pierdo el juicio. No hago otra cosa que esperarte. Te espero como una resurrección, cariño. En serio. Sé que parezco una exagerada, no son delirios, es amor, eres mi salvación. Pero, de verdad, que no quiero ver a nadie ni tener a nadie cerca ahora mismo. Por eso estoy aquí, por eso he recorrido tanta distancia para subir a esta montaña. Si te contara mis razones no dejarías de llorar, llorarías años enteros, te quedarías seca, sin una gota de lágrimas, y todavía herverías ríos de llanto por

dentro, ¿me oyes? Dime que no me estás oyendo ahora. Cierra los oídos, hazlo por mí. No quiero que oigas todo lo que te estoy contando. Perdóname, no me odies. Dime que me perdonarás por haberte arrastrado conmigo hasta esta choza. Ojalá lo entiendas algún día. Necesito que me digas que sí, que lo entiendes, aunque no lo compartas, aunque llores, pero que comprendes mis motivos, que no me juzgas. Por favor, di algo, no me juzgues, te lo ruego. Soy tu madre, lo sé, cariño, lo sé, y necesito que sientas que si estoy haciendo todo esto es por tu bien, y lo hago lo mejor que puedo. Te lo juro. Lo he pensado mucho antes de atreverme, le he dado mil vueltas. He tomado una decisión sin consultarte, soy consciente de que nunca hubieras imaginado que asomarías la cabeza a la vida en una montaña y en esta pocilga, rodeada de bichos y fantasmas. Pero no quiero engañarte. Soy tu madre y no me siento con derecho a ocultarte nada. No quiero que pienses que soy una insensible, una mala mujer como le dijo ese padre horrible a su hijo. Sólo deseo que algún día me perdones. Ojalá viva para oír de tu boca esas palabras, que me digas, que me murmures en la oreja, que me perdonas. Y que te mire a los ojos y sienta tu inocencia perdonando lo que te estoy haciendo pasar. Me consolaría tanto, cariño, que lloraría de amor. Me haría tan feliz. ¿Me las dirás? Te lo pido por favor. Si he huido es para protegerte. Mi fuga es tu única oportunidad, créeme. No había otra. No quiero que nazcas en la misma celda que me tocó a mí. Esa condena no, ya quedó atrás. Al menos esta montaña la separa de nosotras. Y saldremos adelante, de eso estoy convencida, te lo prometo. Saldremos adelante las dos. Confía en mí aunque sea un poquito. Lo presiento en las entrañas, me lo dice mi instinto, me lo susurra a cada instante que cierro los ojos y frunzo el ceño. Pero

mi instinto es atronador sobre todo cuando te oigo, cuando presiento tu voz, cariño.»

La mujer pugna por ponerse en pie, se le escapa un gemido. Cada movimiento, cada giro, obedece a un esfuerzo supremo de la voluntad. Los huesos crujen, la tripa punza, el alma se compunge. Se quita el jaique. Se apoya en el pedrusco junto a la colchoneta, en la pared. Con mucho cuidado. Luego en el respaldo partido de la silla. Medio erguida mira por la rendija de la puerta el cielo negro. A unos metros ve la hiedra que trepa el tronco del cedro. Se calza con dificultad.

«Todo saldrá bien. Te lo prometo.»

Coge el plato de la mesa y se acuclilla en el límite de la hoguera. Recoge las patatas y el cazo. Los deja en la mesa. Con la varilla remueve los rescoldos. Añade dos ramas y una piña. Acerca la boca, cierra los párpados y sopla. El fuego chispea.

«Las comeremos. ¿A que nos da igual? Las pelaré para ti.»

Se incorpora y se sienta en la silla. Suspira fuerte. Por el hueco de la persiana rota entra un aire gélido. Tiene escalofríos, recorren su cuerpo de arriba abajo, se estremece.

«Después de la lluvia, viene el frío. Es lo normal, no te preocupes.»

Busca el jaique encima de la colchoneta, se lo pone por los hombros y vuelve a la silla. Pela las patatas con los dedos. Se quema un poquito las yemas. Las sopla.

«Te juro que si hubiera sabido qué me esperaba en casa, me hubiera ido con mi tía, me hubiera escapado con ella sin dudarlo. Mis tíos gemelos...»

Se ahoga, se le forma un nudo en el corazón. Una lágrima nace en su ojo derecho. Apoya los codos en la mesa y la barbilla en la palma de la mano derecha.

«Ay, ¿cómo rememorar el horror sin asustarte, sin perjudicarte, sin hacerte daño, cariño? ¿Cómo afrontar esta desolación sin desgarrarme por completo? Tú que me oyes, dime cómo debo hacerlo. Alguna idea se te ocurrirá, ¿a que sí? Ayúdame, por favor. Dime que lo harás. Te juro que con sólo recordarlo el estómago se me sube a la boca y me dan náuseas. Empezaron a visitarme. Creo que fue dos semanas después de que mi tía se marchara. Era una noche templada, serví un estofado de pollo encebollado de cena y me metí temprano en la cama. Esos días, todos mis pensamientos se centraban en mi tía. Soñaba con ella, la visualizaba en la cocina contándome sus disparates o canturreando mientras contoneaba las caderas. En sueños le suplicaba que me llevara con ella a la ciudad y ella accedía gustosa. Una mañana al despertar hasta creí oírla a un metro de distancia roncando de gusto en su cama. Su presencia aún llenaba mis oídos y peor que el olvido fue sentirla ausente. Gracias al frío de aquella noche y al cuchicheo de los insectos insomnes que llegaba del patio pronto concilié el sueño. No sé cuánto tiempo pasó hasta que... No oí sus pasos, ni siquiera el chirrido de los goznes de la puerta. Dormía tan plácida que al despertarme ya estaba pegado a mi cuerpo. Me percaté cuando movió la manta y se metió debajo de la sábana, justo cuando sus pies helados rozaron los míos y me hicieron dar un brinco en el colchón. Aún olía a su pipa de fumar y desprendía un hedor repulsivo a estiércol y a sudor acumulado durante días sin ducharse. Con el susto, y aturdida por el sueño, me retorcí e intenté zafarme sin éxito. Pero ya me tenía bien sujeta.

¡Qué podía hacer! Mis carnes, ya las ves, son un suspiro. Con su mano derecha me apretó el brazo derecho contra el costado y con la otra me tocaba los pechos. Jadeaba igual que un perro rabioso mientras yo no paraba de patalear. Forcejeé con él tanto como pude. Le mordí los dedos de la mano, pero sólo gruñó y me apretó con más violencia. Además, agarró la almohada y me tapó la cara. Deseé morirme, de verdad, lo deseé con todas mis fuerzas. Aullé hacia mis adentros pidiendo auxilio. ¿Crees que la tía me oyó desde dondequiera que estuviera? ¿Crees que percibió mis gritos sordos? Créeme, sólo la vida duele, en ese momento sabía que en la muerte no hay dolor. Luego se puso encima de mí y con su cuerpo me inmovilizó. Fue cuando tiró la almohada al suelo. Y en ningún momento dejó de manosearme. Cuando consiguió bajarme el pantalón del pijama, me restregó su pene. Me cogió la mano para que se lo tocara mientras me besaba en el cuello. Intentaba a toda costa besarme en los labios. Me baboseó las mejillas como si fuera una vaca cuando lame la mano que le da de comer. Menos mal que no tardó en eyacular en mis muslos. La violencia le excitó tanto o más que las ganas de poseerme. No le dio tiempo a penetrarme en esta ocasión. Bufaba como un toro descontrolado antes de ser degollado. Su aliento embadurnaba mi cara de babas asquerosas con olor a cebolla y a especias. Enseguida se levantó, abandonó la cama y se subió el pantalón. Chasqueó la lengua, como si se quitara restos de cena de entre los dientes, y salió. A pesar de la tirantez de los músculos, me levanté y me apoyé en la puerta. Sin pestillo al menos la blindaba con mi cuerpo convulso. Sentada en el suelo, lloré el resto de la noche. Lloré por los catorce años que llevaba en aquella casa. Lloré como si respirara. Pasé la noche en vela,

tragando su olor inmundo que contaminaba mi piel, con una impotencia inclemente que ardía en mis venas. Estuve horas en alerta para que el otro no se metiera también en la habitación.»

La mujer solloza sin apartar la mirada de las patatas peladas del plato. Moquea. Se limpia las gotitas de la nariz con las mangas del jersey y del abrigo. Tose, carraspea.

«Debes cuidar esa garganta», parece replicar el eco.

«¡Olvídame! No ves que es mi manera de gritar.»

Fuera, la oscuridad aterra.

La montaña se repliega.

El cedro aguanta.

«No te creas que fue la única vez. Después de esa noche, mis tíos comenzaron a visitarme por turnos como se turnan para fumar la pipa. Así mi tormento se hizo realidad, noche sí y noche no, y así mi tormento se hizo hábito. A la mañana siguiente, le preparé el desayuno al abuelo. Me dedicó su silencio y una mirada afligida como si sospechara lo que había ocurrido. Pero no dijo nada. Ni siquiera cambió de sitio el palillo en los labios. Supongo que abrir la boca le hubiera supuesto un reto enorme. Su indiferencia me destrozó. Desayunó su té con media torta de pan con aceite, cogió el bastón y desapareció de inmediato colina arriba. Mis tíos ya estaban en el cobertizo. Imagino que desayunaron antes de que saliera de la habitación para no coincidir conmigo. Esa noche no supe a conciencia quién de los dos entró en mi cuarto. Estaba a oscuras, el miedo me impidió distinguirlo y tampoco conseguí diferenciar el siseo de sus pasos al abandonar el cuarto.»

A unos metros de la choza, el rocío se congela.
La hiedra aún estrangula el tronco del cedro.
El cedro aún carga con su peso y con el de la trepadora.
En silencio.

La mujer suspira hondo. Se reclina y alcanza el bidón de agua. Dos sorbos. Descansa. Otros dos sorbos. El bidón pesa. El frío hiela. Los zapatos aprietan. Los huesos tiritan. El recuerdo atormenta. Vigila cómo sigue la hoguera. Sin chispas, sin música del hogar. Abandona la silla y se agacha. Alimenta el fuego con las últimas ramas y piñas. Lo remueve con la varilla. Regresa a la silla sofocada. Inspira hondo. La respiración se dificulta, se entrecorta. El ritmo acompasa el daño rememorado. Poco a poco se serena. Aparta la piel de las patatas a un lado del plato y las aplasta con el tenedor. Y come.

Apura la comida en lo que tarda en formarse una capa de escarcha en el borde superior de la puerta y en el hueco de la persiana rota.

«Tendremos que salir a por leña antes de que nieve, eso si llega a nevar. ¿Te parece? Reposamos un poco la comida y salgo. Me acompañarás, ¿verdad? Contarte esto ha consumido mis fuerzas. Sé que el cansancio me persigue desde hace meses, pero recordar la atrocidad me derrumba. Fueron tres años, cariño, tres años de calamidad, tres años respirando el mismo aire hediondo. A veces todavía me invade, como ahora mismo, ya lo estoy respirando otra vez, y me dan arcadas. Las horas que pasé en aquella casa después de esa primera noche enfriaron el recuerdo de mi tía, lo enfrió el abuso y la vejación. En mi memoria sólo cabían los pasos del día a

día, los bufidos de mis tíos y los trinos de los pájaros que sobrevolaban libres el cielo de la aldea. Mira que ha pasado tiempo y aún me estremezco al pensarlo. Al final, llegué a distinguir sus pasos y sabía a quién le tocaba cada noche. Uno de mis tíos arrastraba un pie con dificultad, como si cojeara, y eso originaba un soniquete tenue que hacía que su siseo fuera lento y reconocible. Cuando entraban a la habitación, cerraba los ojos, apretaba los dientes y me violaban. Sus visitas eran rápidas, apenas duraban diez minutos, pero me parecían una condena perpetua en las tinieblas. En lo que duraban, sólo pensaba en cómo urdir mi fuga. Encima les guisaba, les lavaba la ropa y a menudo hasta me recriminaban porque no les sonreía. ¿Tú te lo crees? El abuelo hacía oídos sordos y miraba a otro lado como si la cosa no fuera con él. Odié tanto sus silencios, en serio, los odié tanto, y eso que sabes que los silencios son lo mío. Mi voz siempre fue un hogar sin exterior. Vivo en él desde que abrí los ojos. Y todas mis ilusiones caben en un sonido, en un solo sonido. Por eso ardo en deseos de oír tu primer llanto. Sé que cuando abras los ojos, llorarás porque dejarás de oírme, cariño. Pero no te preocupes, estaré a tu lado. Aunque no me oigas, ya sabrás toda mi historia. Mis secretos ahora son tuyos. Los compartimos. Mal que me pese, los comparto contigo, no puedo ocultarte nada. Créeme, te juro que me costó horrores conseguir fugarme. Lo intenté en más de una ocasión, pero siempre me pillaban. Lo más lejos que pude llegar fue a la loma de la colina. Vinieron corriendo detrás de mí y me arrastraron del pelo a la casa. Me pegaban cada vez que fracasaba. El cuerpo se agarrota y termina acostumbrándose a la hostilidad, a las palizas, a las penetraciones, a los manoseos, a los escupitajos, a las babas nauseabundas, pero la

mente se niega, es más firme, su poder es ilimitado. La mente resiste hasta más allá de la fatalidad y es capaz de alzar el vuelo tan alto como una bandada de cigüeñas. Si no fuera por eso, ahora mismo seguiría en aquella celda, soportando su silencio y su agresión. Y si no fuera porque tú apareciste, jamás lo hubiera logrado. Tú me diste el coraje que necesitaba. Así fue, como lo oyes. Tú fuiste mi evasión, mi escapatoria. Ahora sé que cada fuga encuentra su choza y cada fuga hace su gotera. Pero me da igual. Al fin estoy contigo, acorralada por la soledad pero contigo, cariño, contigo, ¿me oyes?»

La mujer mira por el hueco de la persiana rota. La oscuridad devora la montaña. Amaga con levantarse. Le cuesta. Saca energía del anhelo que lleva dentro. Regresa al rincón encima de la colchoneta. Con el cansancio se libera rápidamente de los zapatos. Se ajusta con dificultad el cojín. Se abriga con la manta y con el jaique. Engurruñida, agrupa el calor de su cuerpo en torno a la tripa. Atenta al oleaje y a la digestión. Enseguida arruga la frente y alza las cejas al mapa entre las vigas del techo. Apenas distingue la isla. Apenas ve el océano. Apenas percibe el tacto de las olas. Apenas oye el mar. Y cierra los ojos. Cabecea.

La lagartija sale de detrás del baúl. Repta en dirección a la hoguera. Para. Siempre indecisa. Repta un poco más. Pasea alrededor del fuego sin objetivo claro. Absolutamente indecisa. Lo rodea otra vez. Luego cambia de parecer. A lo mejor a causa del frío. Tal vez por culpa de alguna otra amenaza que advierte en el ambiente mudo de la choza. Al rato, se escabulle de nuevo a su escondite detrás del baúl.

La gotera encima del baúl forma un carámbano.

Un aire helado se expande de punta a punta en la choza.

La gotera encima del suelo forma un carámbano.

Ya no hay posibilidad de eco.

El descenso de la temperatura no propicia el sueño. La mujer cambia de postura varias veces, de cara a la pared, de cara al techo, de cara a la ventana, la extraña dureza en el rostro en cada giro, en cada movimiento, y al final desiste. Se retrepa en la colchoneta. Ajusta mal el cojín.

«Hay que prepararse, cariño, esta noche hará mucho frío. Tenemos que salir a recoger leña, ¿me oyes? Estará mojada, pero da lo mismo, el fuego no discrimina, todo lo convierte en ceniza. Sé que no te apetece levantarte ni abandonar el calor de esta manta, pero la necesitaremos.»

Se arma de decisión y se incorpora de golpe. Gran error. Se da cuenta enseguida. Un movimiento revuelto del estómago le contrae el abdomen. El mareo le nubla la vista. Apoya una mano en la pared. La espalda doblada, los hombros caídos, la frente arrugada. El desequilibrio nace en las entrañas y remonta por el esófago. El malestar le debilita las piernas, le agria la boca. Y, sin poder alcanzar los zapatos, abandona atropelladamente la choza.

Vómito al suelo.

Carraspeo.

Flemas al aire.

Tos.

Regresa con los ojos hinchados a punto de explotar en las órbitas. Va directa en busca de los zapatos. Primero el pie derecho con torpeza. Luego el izquierdo con torpeza. No consigue calzarse a la primera. Se sienta en la silla. Se auxilia con la mano. Con sumo cuidado se reclina y alcanza el bidón. Ladea la cabeza y calibra el agua con la mirada. Menos de la mitad. Bastante menos. No lo suficiente.

«¿Tú qué crees? ¿Nos alcanza para mañana?»

Para su desgracia, el eco de la choza no anuncia promesas.

Bebe tres sorbos y luego se enjuaga la boca. Hace gárgaras, regurgita restos de vómito y escupe furiosa. Otros dos sorbos. Se pone en pie. Busca el jaique sobre la colchoneta. Se cubre los hombros, la cabeza. Y franquea la puerta.

Pasos.

Gemidos.

Resuellos.

Regresa cargada con troncos, ramas, piñas secas, leña mojada. Justo cuando traspasa el umbral de la puerta, un tronco resbala del montón, seguido de varias piñas, y dan a sus pies. Los pisa, da un traspié y pierde el equilibrio. La mujer se cae de bruces en la hoguera.

No es una caída, es abismo. Un reino de polvo y ceniza.

El corazón le golpea el pecho como un tambor de alerta.

«Maldita leña. Lo que me faltaba. ¿Estás bien?»

Se arrastra por el suelo como la lagartija. Repta con mucha voluntad hasta que consigue subirse a la colchoneta. Cuatro pies de distancia que la dejan exhausta. El pie derecho con el zapato puesto, el izquierdo descalzo. Respira agitada y se tumba bocarriba encima de la manta. Se toca el cuerpo, descontrolada. Advierte los desgarros en la manga izquierda del abrigo, totalmente embarrado y sin dos botones. Se coloca el pelo revuelto que le cubre las cejas, el coletero morado perdido en medio de ramas y piñas al lado de un hueso de aceituna. El jaique tirado en el suelo hecho un amasijo de barro y tierra. Comprueba el picor en los codos, el escozor en las rodillas. La espalda oprime. Se sube la falda y palpa el rasguño en la rodilla derecha. La sangre se desliza por la pierna. Tiene manchas rojas en el borde de la goma cedida del calcetín. Intuye que tiene otro rasguño igual o incluso más grave en el antebrazo izquierdo. Todo escuece, todo duele, el cuerpo herido, magullado, sangrado se contrae. Espasmos en las pantorrillas, en el abdomen, en el bajo vientre. La mujer resuella. Entonces se toca la tripa, arruga la nariz, y el pánico invade su columna vertebral.

«Dime algo, dame una señal.»

No hay reacción. No hay oleaje. No hay patadas. El eco es mudo.

«¡Menudo susto! Dime que sólo estás dormida.»

Alza los ojos como una náufraga a las vigas invisibles del techo. A la isla y su vacío. Al océano y su ira. A las olas y su azote. Al mar y su furia.

Fuera, escarcha.

Sobre el cedro y su tolerancia.

Una capa de escarcha tuerce una aguja y se indignan todas.

«No te vayas ahora, no me dejes sola. Te lo pido por favor. Si todavía no te lo he contado todo, siempre se me olvidan algunas partes, como si mi memoria las rechazara y sólo seleccionara lo menos cruel. Te aseguro que la vileza de mis tíos impregnó cada ángulo de mi vida, cada paso que di, cada detalle que oí por insignificante o trivial que pudiera llegar a ser. Mi historia al igual que todas las historias se oculta bajo una ristra infinita de máscaras, y al igual que todas las historias tiene un principio y debería tener un final. Y quiero de corazón que tú vivas conmigo ese final, cariño. No me abandones justo ahora, ¿me oyes? Mi calvario, ya lo sabes, duró tres malditos años. Ahora que lo pienso creo que nací maldita. El desdén fue un compañero leal, sus zarpas me sometían e impedían que atrapara cualquier línea que el horizonte consiguiera dibujar delante de mí. Ese desdén me hizo ciega y sorda, y lo que lograba ver u oír, se difuminaba al instante. Por eso quiero que sepas toda la verdad. Vivir con sufrimiento no es vivir, cariño. Para nada. Pasar años y años sin ningún atisbo de felicidad o de placer no merece la pena. He pensado en quitarme la vida, para qué mentirte a estas alturas, pero no fui capaz. Y me alegro, me alegro muchísimo, porque enseguida apareciste. Te noté antes incluso de dejar de sangrar. Desde entonces todo cambió. Mis tíos gemelos seguían turnándose por noche, y cada noche era una menos porque ya había planeado cómo fugarme. Aunque la cosa no salió como esperaba, al menos escapé de aquella casa. Una mañana, después del desayuno, el abuelo cogió su bastón y se echó a andar a la colina. Fue su paseo de despedida. Creo que se desmayó en un matorral a unos pocos kilómetros de la aldea. Lo encontró un pastor tirado en el suelo. Imagino que pálido y deshidratado. En realidad lo encontró

antes una cabra del rebaño del pastor. Le dio agua y lo ayudó a guarecerse a la sombra de una encina. Imagínate lo que le habrá costado al abuelo articular palabras para indicarle al pastor dónde vivía y quién era. Porque ese buen hombre apareció en casa unas horas después avisándonos de lo ocurrido. Mis tíos se llevaron al burro, buscaron las andas del funeral de la abuela y lo trajeron de vuelta. Estaba desfallecido, era una masa hecha de carne y madera. Llegó a lomos del burro con el palillo en los labios y el bastón pegado a la mano. Desde ese día no abandonó la cama, al menos que yo sepa, al menos hasta el día en que me fugué. Lo cuidé mucho, pese a sus silencios, lo cuidé con afecto, te lo juro. Le vaciaba el orinal, lo alimentaba, lo lavaba con malla y jabón, lo cambiaba de postura cada tanto. Incluso le curaba las escaras de la piel con aceite de sésamo. Al cabo de una semana tendido en la cama, le llevé el almuerzo del mediodía, y mientras le daba de comer cucharadas de sopa de codorniz, se esforzó por hablarme. Tenía los ojos inyectados en sangre y relampagueaban, las arrugas en sus pómulos me parecieron hasta tiernas. Lo siento, lo siento mucho, tartamudeó. Lo miré fijamente a los ojos, sorprendida. Vete de aquí, añadió. Las palabras se le atragantaban. Tenía la lengua reseca pese a que acababa de sorber tres cucharadas de sopa. Ahora sospecho que fueron las últimas palabras que logró pronunciar. Vete de aquí como hizo ella, me dijo. Aparté la bandeja con el cuenco de sopa, la dejé encima de la mesita pegada a su cama y busqué su mano derecha. Fúgate y no vuelvas, huye como tu tía. Sus palabras me consolaron, en serio, las respiré como un bálsamo. Amagué con darle otra cucharada de sopa cuando me acarició la mano con la poca ternura que aún habitaba en sus dedos.

Sé que te están haciendo lo mismo que le hicieron a tu madre, lo siento, lo siento mucho, añadió. Se me congeló la sangre, la cuchara se me cayó al suelo y el estruendo implosionó como una detonación en mi interior. Tu madre, tu tía... ella es tu madre, pasó por lo mismo, por eso está lejos. Vete de aquí, huye, no mires atrás, dijo antes de trabucarse. Luego un acceso de tos le despojó de sus palabras moribundas en la lengua y enmudeció.»

Una hilera de hormigas investiga el jaique.

Cinco hormigas bordean el coletero morado.

Una hormiga entra en la oreja izquierda de la mujer.

Trabajan sin respiro.

La mujer se sacude la oreja, mete el dedo índice dentro. Lo saca, lo comprueba, sólo encuentra decepción y desasosiego.

«Tendremos que volver a encender la hoguera, ¿me oyes? No podemos pasar la noche sin algo de luz y mucho menos con el frío que está haciendo. Y habrá que recogerlo todo, y atizar el jaique. Nos hará falta.»

Mastica la salivilla que se le forma en las encías. Amaga con levantarse. Un retortijón en el bajo vientre frustra el intento. Frunce el ceño y se rasca la pequeña cicatriz encima de la nariz.

«¿Eres tú?, ¿estás aquí? Siento mucho lo de la caída, cariño. Ya ves, tu madre es una torpe, ¿qué le vamos a hacer?»

Otro retortijón.

«Te noto, sí, qué bien. Dime que no te he hecho daño.»

Siente que algo diminuto trepa por la sien. Lo aplasta con el dedo pulgar. La hormiga queda pegada en la punta del dedo. Fastidiada,

la sopla. No se despega. La quita aplastándola en el pedrusco junto a la colchoneta.

«Estas hormigas nunca descansan, son imbatibles. Creo que viven sobre mi piel desde el día que me fugué. Y mira que mis carnes son poca cosa. Ahora que lo pienso creo que cometí el error de fugarme en invierno. Desde luego hubiera preferido hacerlo en verano o en primavera, pero vi una oportunidad y la aproveché, cariño. Con el abuelo encamado, mis tíos empezaron también a turnarse para ir los jueves al mercado. Antes siempre iban juntos. De hecho, todo lo hacían juntos, rara vez se separaban, a no ser que fuera por causa mayor o que estuvieran obligados. Como cuando el burro le dio una coz a uno. La sacudida lo atolondró durante minutos. Me reí con gusto para mis adentros. El burro se estaba vengando por las cargas que soportaba y por la injusticia que intuía a su alrededor. Se lo agradecí de corazón. Esos días le peiné las crines tanto por la mañana como por la tarde. Le rompió la muñeca de la mano izquierda, además de los rasguños. Lo tuvieron que escayolar. Estuvo un mes o dos, no me acuerdo ahora, con el cabestrillo puesto. A raíz de eso, sí que se separaron un poco, pero no tanto, ¿eh?, sólo lo que duró la rotura. De todos modos, imagino que sospechaban que podía escaparme. Por esa razón uno iba de compra y el otro se quedaba en casa para vigilarme. Fue el error que cometieron. ¡Qué mierda de error! Nada de eso. Los sorprendí, nada más, no se lo esperaban.»

Otro retortijón más punzante.

«Ay, ¿qué pasa?, así no, ¿estás enfadada? Parece que me quieres decir algo. Te oigo, cariño, si no hago otra cosa que oírte. Ojalá el mundo entero me oyera como te oigo yo a ti. Créeme, me ahorraría

un montón de muecas y de gestos. Incluso hasta me hubiera ido mejor y no hubiera tenido que subir esta montaña. Dos días antes de ese jueves, preparé la mochila de mi ma..., de mi tía. Metí en ella justo lo necesario para no levantar sospechas y la escondí debajo de la cama. Le di de desayunar al abuelo, esperé paciente a que terminara y me entregué a mis faenas en la cocina. Cuando entró mi tío a beber agua, me pilló fregando los platos del desayuno del abuelo en la pila. Puso el vaso debajo del grifo, con un bufido me pidió que lo abriera y le clavé el cuchillo. No sé dónde exactamente. Todo fue muy rápido, muy brusco, muy ruidoso. Tampoco sé de dónde saqué la valentía que me impulsaba por dentro. Creo que se lo clavé cerca del hígado. Se desplomó como un buey. Me insultó, claro que lo hizo, era su costumbre. Retrocedí unos pasos y le escupí. Lo dejé en el suelo bañado en sangre, con el semblante a cada segundo menos vivo. Fui directa a la habitación, busqué la mochila y me eché a correr colina arriba con lo puesto. Llegué a la ciudad muy cansada, con el miedo en los huesos. Era la segunda vez que pisaba sus calles. Tenía mucha sed. También tenía hambre, pero nunca fui de comer mucho, ya lo sabes. Me acordé de la casa de tres plantas donde había un botijo con agua y un tazón, justo a la entrada del mercado. Y ahí que fui. Menos mal que la ciudad había cambiado poco, aun así me perdí, ni una ni dos veces. Pero al final la encontré. El botijo y el tazón seguían en el mismo sitio. Me senté en el poyo de aquella puerta, saqué el jaique de la mochila y lloré. Bebí y lloré. Una hora más tarde abrió la puerta una niña.»

Otro retortijón acompañado de calambres.

«¡Qué niña más maja! ¿Por qué lloras?, me preguntó. Enseguida llamó a voces a su madre. Esa familia me ayudó. Apareció la madre

y me hizo entrar. Estuve con ellas cinco o seis horas, con la madre y sus dos niñas. La que abrió la puerta tenía seis años y la otra, siete. Vivían solas. El marido de la mujer trabajaba más allá del mar. Imagino que en algún campo de fresas parecido al campo donde fue a parar mi tía. Me acogieron. Las niñas eran agradables, la madre fue muy amable conmigo. Me regaló ropa suya, una diadema, que ni sé dónde acabó, y este abrigo. El coletero morado, dónde estará, no lo veo con tanta oscuridad, me lo regaló la niña mayor. Algún día las visitaremos. Ya verás, te encantarán. Creo que a la madre le hubiera gustado que me quedara con ella en casa, pero llegó su hermano y me echó. Los oí discutir en una habitación mientras permanecía sentada en el salón con las niñas. Antes de salir, la mujer me dio de cenar y luego me rellenó la mochila con las bolsitas de higos y patatas, las aceitunas y las latas de sardinas que hemos comido estos días. Esa noche mendigué limosnas y sonrisas y dormí en el mercado, escondida en un hueco entre dos tiendas. Menos mal que no llovió. A la mañana siguiente empecé a caminar. La gente me miraba de reojo, se encogía de hombros y apretaba el paso. Justo antes de abandonar la ciudad encontré la caja de cerillas al lado de un cubo de basura. Y aquí estamos, cariño, ¿me oyes? Ya ni sé cuántos días llevamos aquí. Toparnos con esta choza es un alto en el camino, repondremos fuerzas y continuaremos. Lo tengo bastante claro, tú también, ¿verdad? Habrá que seguir porque...»

La mujer nota que algo se desliza por los muslos. Se retuerce bruscamente. Mete la mano debajo de la manta con la intención de aplastar otra hormiga. Cuando la saca, la huele manchada de sangre y orina, se alarma. Una contracción irrefrenable la consume por

dentro. Contorsiona el cuerpo invadido de espasmos, sangre, fluidos. La contracción se agudiza y el dolor la estruja para siempre.

–¿Quién anda ahí? –pregunta una voz severa.

Unos pasos se aproximan.

–¿Quién está ahí?

Unas botas arrastran hojarasca cubierta de escarcha.

–Tengo un hacha –amenaza la voz más alto.

Alguien ilumina el hueco de la persiana rota.

–¿Quién anda ahí? –repite la voz severa.

La mujer arranca desde el mismo centro del dolor las pocas fuerzas que tiene y, con la mirada secuestrada, ladea la cabeza hacia la pared donde el hacha cuelga del clavo.

Una anciana de rostro adusto, vestida con harapos chillones y un abrigo marrón deshilachado, cruza la puerta.

–¿Qué haces en mi choza? –inquiere.

La anciana mira alrededor, la hoguera apagada, la leña esparcida en medio del caos, el plato con las pieles de las patatas encima de la mesa, el jaique revuelto y sucio en el suelo de tierra. La mujer estudia fijamente las manos de la anciana. En una sujeta un candil encendido y en la otra tiene un bidón de agua. La mujer desvía la mirada hacia su tripa.

–¿Qué haces en mi choza? –repite la anciana suavizando la voz.

La mujer frunce el ceño, el gesto duro en el rostro.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Una contracción oprime violentamente a la mujer.

–¿Qué te pasa?

La anciana deja el candil encima de la mesa, el bidón en el suelo y sacude la nieve de los hombros del abrigo.

–¿Qué te ocurre?

La mujer se retuerce. La anciana se le acerca.

–¿Por qué no hablas?

La mujer gesticula, se lleva los dedos a la boca.

–¿Eres muda?

La mujer asiente con la cabeza, con los ojos, con la pequeña cicatriz en el entrecejo.

–Madre mía, estás sangrando. «Ojalá esta anciana pudiera escucharme en vez de verme, cariño.»

–Estás en los huesos, criatura. Déjame ver.

La anciana se agacha y…

Los carámbanos se dilatan.

Hacia el baúl y hacia el suelo.

Como dos puñales.

Cae la noche.

La medida del espacio se funde con la medida del tiempo y el universo se estrecha. Nadie ha trazado aún la frontera que pueda frenar esta tristeza.

La mujer aprieta los dientes, se muerde el labio inferior y alza la mirada a la espiral de la isla entre las vigas del techo. El océano la ahoga. Las olas la atrapan. El mar la traga.

No es silencio, es un eclipse. Un imperio sin grito ni llanto.

El vientre pierde su promesa.

–Voy a cortarte esto.

Una materia sin voz aún atada por el ombligo.

La anciana se incorpora con dificultad, retrocede tres pasos y descuelga el hacha. Recoge el jaique del suelo, lo sacude con energía. El polvo y la ceniza tejen en el aire la coreografía de la muerte. Repara en la toalla sobre el respaldo partido de la silla. La sacude también. La misma danza de la muerte. Deja el jaique y la toalla a los pies de la mujer. Medio se incorpora y alcanza el bidón a unos pies de distancia. Y se agacha de nuevo. Resopla, decide y, con un golpe seco y firme del hacha, corta el cordón.

–Era una niña preciosa.

Fuera, nieva.

Sobre el cedro y su entereza.

Un copo de nieve oculta una aguja y se sepultan todas.

El frío o el terror, las lágrimas o el recuerdo, zarandean a la mujer por dentro, muy dentro. En el vacío absoluto. El desamparo del oleaje. La falta de patadas desconsuela. Los sentimientos le arrancan la piel a trizas. Las ilusiones se extinguen en un instante, dos. Ese lapso efímero de los cadáveres.

–Lo siento.

La anciana envuelve el cadáver de la niña con el jaique.

–Lo siento en el alma, criatura.

La mujer se lo pide alargando los brazos.

–Sí, cógela, toma.

La mujer desenvuelve un poco el jaique, huele a la niña y la besa en la frente. Se aferra a su bebé, a su piel morada, a su cuerpo salpicado de despojos de placenta, de fluido viscoso y sangre.

–Sí, besa a tu niña, criatura. Así enciendo la hoguera y te limpio.

La mujer solloza mientras abraza el cadáver de su hija.

La anciana recoge la leña. Jadea por cada tronco, gime por cada rama, resuella por cada piña seca. Se acuclilla en el antiguo límite de las cenizas y coloca la leña con esmero. Saca del bolsillo interior de su abrigo un mechero amarillo. Mira alrededor como buscando algo. Barre de un vistazo el suelo de la choza de punta a punta. Sus ojos se cruzan con los ojos de la mujer y esta guiña, parpadea, señala en dirección a la mochila. La anciana la arrastra y toquetea dentro. Primero encuentra el cuchillo, estira el brazo y lo deja en la mesa. Luego saca el cuaderno, arranca una hoja, la arruga. Y, con mucha habilidad, enciende el fuego. Acerca la boca y sopla, una, dos, tres veces. Luego aparta la cara y avienta suavemente con el cuaderno. Se despiden chispas intensas. Perceptibles. Como una llamada de ira desde lo alto de un precipicio. Una llama generosa flamea en la hoguera.

–A ver si expulsas ya la placenta del todo y te limpio.

La mujer no atiende. El dolor es sordo.

La anciana se aproxima al baúl y lo abre. La tapa podrida rechina. El agua acumulada encima se derrama en el suelo. De dentro sale volando una polilla. Aletea directa hacia la hoguera, revolotea un rato en derredor. Batidas rápidas y sonoras hacia delante y hacia atrás. A lo mejor presiente su fin. Hacia atrás y hacia delante. Tal vez da gracias por el milagro de sobrevivir al invierno. Al cabo se

posa en el cristal del candil y pliega las alas. La anciana saca del baúl una caja metálica de té. Y, con mucho cuidado, cierra la tapa. La madera cruje.

–Esto servirá.

Vuelve con la mujer, empapa la toalla con agua del bidón y le limpia la entrepierna, los muslos. La sangre enseguida colorea de rojo la toalla.

–¿No tendrás acaso otra toalla?

La anciana se levanta, y se quita el abrigo. Lo lanza en el respaldo de la silla. Luego desabotona los tres botones de su camisa verde hecha jirones y se la quita. Se ajusta la camiseta de debajo y se agacha. Limpia de nuevo a la mujer con su camisa.

–Madre mía, cuánta sangre.

La mujer se muerde el labio inferior. Cierra los ojos y aprieta bien a su hija contra el pecho. La anciana deja en un rincón cerca del baúl la toalla y la camisa empapadas y malolientes. Coge el cuchillo y abre con él la caja metálica. Apenas consigue ver lo que hay dentro. Se incorpora y se acerca al candil. Mete los dedos, un leve tintineo brota desde el interior. La polilla se alarma y aletea. Otra vez batidas rápidas y sonoras hacia delante y hacia atrás. Con los dedos, la anciana saca una bolsita de plástico enrollada como una canica. Y regresa con la mujer. Batidas hacia atrás y hacia delante de la polilla hasta que reposa de nuevo el cuerpo en el cristal del candil. La anciana desenvuelve la bolsa y recoge la placenta. La mete dentro e intenta hacer un nudo. No lo consigue. La deja en el suelo y busca en la cajita una bobina de hilo blanco. Hace un nudo alrededor de la bolsa y la deja en el mismo rincón que la toalla y la camisa. Enseguida escupe en dirección al baúl.

La mujer gime.

–¿Te he hecho daño, criatura?

La anciana ayuda a la mujer a colocarse mejor el cojín. La mujer se reclina y el movimiento la desgarra en el bajo vientre. El esfuerzo agota a ambas. Mujer y anciana jadean. Una respira y la otra suspira. Una gimotea, la otra resuella. La colchoneta, saturada de orina y sangre, ya no absorbe más. La manta tiene el mismo aspecto. La anciana la tapa con ella como puede. La situación es crítica e inhumana. La mujer lo sabe, la anciana también. No existe nada más fútil que una muerte que no prolongue una vida. No hay justicia en la destrucción sin creación, en la aniquilación sin permanencia. La anciana lo intuye, la mujer también, por eso llora. Pálida y apocada, extraviada y desfallecida. Con el cuerpo descompuesto y más flaca que nunca. Las lágrimas mojan el jaique apretado entre su pecho. Cansada, la anciana recoge el cuchillo, el hacha, mete la bobina de hilo en la caja metálica, se pone el abrigo y se sienta en la silla. Cierra la caja con la tapa y suspira.

–No me esperaba esto.

La mujer parpadea.

–Nunca nadie se ha atrevido a entrar en mi choza.

La mujer frunce el ceño.

–Ya no subo aquí tanto como antes.

Un calambre retuerce a la mujer.

–Si llego a saberlo hubiera venido antes, criatura.

La mujer se contorsiona.

–Ahora sólo subo cuando nieva.

La extraña dureza en el rostro.

–¿Cómo has acabado en tu estado tan lejos de todo?

La anciana espera una respuesta. Un instante, dos. Ese lapso recóndito de la mudez. Al cabo considera inútil su pregunta y se calla también.

Fuera, el viento susurra.

En blanco y negro.

Un canto fúnebre.

–Descansa, criatura.

La mujer no reacciona.

–Tú descansa, recobra fuerzas.

El fuego crepita, su música apaga la oración del viento. Dos hormigas pegadas como siamesas rodean un botón negro del abrigo de la mujer que en la caída había rodado hasta terminar cerca de la puerta. Parece que se ayudan mutuamente. Están tan unidas que no se distingue cuál de las dos hormigas carga con la otra. La lagartija repta decidida desde detrás del baúl. Con su lengua veloz caza a las dos hormigas y las traga. Alza la cola, parpadea y se da la vuelta. Enseguida regresa con la misma velocidad y decisión a su escondite. El siseo producido por la lagartija como una estela en el aire alerta a la anciana. La anciana se gira en la silla y ve el coletero morado debajo de la varilla. Se levanta y se agacha. De paso recoge también el zapato suelto y lo deja a los pies de la colchoneta.

–Esto es tuyo, imagino.

La mujer sólo mira fijamente.

–Venga, te recojo un poco el cabello. Veo que te molesta en los ojos.

La anciana frota el coletero entre las palmas de las manos. Una hormiga cae directa al suelo de tierra.

–Así, muy bien, sí, mueve un poco la cabeza.

La mujer resuella.

–Ya está, mucho mejor.

La mujer gime.

–¿Tienes sed?

La mujer asiente con las cejas.

–Espera.

La anciana huele el agua del bidón de la mujer, aparta la nariz en una mueca de asco y se dirige a la puerta.

–Dime que no has estado bebiendo agua del arroyo.

La anciana ladea el cuerpo hacia la mujer. La mujer le dedica una mirada indescifrable.

–Mal hecho, criatura, muy mal.

En el quicio de la puerta, la anciana vacía el bidón fuera de la choza. El chorro de agua no tarda en escarcharse. Regresa y vierte un poco de agua del bidón con que llegó en el cazo. Se agacha y deja el cazo en el suelo. Con la varilla remueve los troncos, los dispone adecuadamente. Y coloca con cuidado el cazo sobre el fuego.

–Es mala, sobre todo en tu estado.

La mujer frunce el ceño.

–Hay que hervirla antes, criatura.

Y vuelve a la silla.

La anciana espera.

La mujer solloza.

El cadáver se enfría.

La anciana da de beber a la mujer con delicadeza. Acuclillada, jadea. Su aliento despide vaharadas de aire cálido que se mezcla con el humo que echa el cazo.

–¿Sigue caliente? ¿Te quema?

Dos sorbos. La mujer asiente.

–Te vendrá bien.

Otros tres sorbos.

–Bebe un poco más.

La mujer hipa.

–Sólo un poco más, venga, te quitará el hipo.

La mujer se niega, aparta la boca.

–Como quieras, criatura.

La anciana regresa a la silla y deja el cazo sobre la mesa.

–Tendrás que comer algo.

La mujer niega con la cabeza.

–No vas a sobrevivir si no, criatura.

Por la puerta entornada aparece el gato. Primero maúlla sin traspasar el umbral de la puerta. La mujer no le presta ninguna atención. Asoma la cabeza y luego adelanta el cuerpo. Sigiloso. Precavido. Un paso y escudriña la hoguera. Merodea alrededor con cautela. Algún paso después se detiene, empina las orejas.

–¿Ya estás aquí, criatura?

Se acerca a los pies de la anciana, ronronea, se frota el lomo y el costado contra su bota derecha y se tumba al lado.

–¿Dónde te habías metido con esta nieve?

La anciana se inclina, le acaricia la mancha blanca de la nuca.

–Hoy has tardado.

El gato juguetea con la cola.

Fuera, una nube esconde la luna.

La montaña se cubre de nieve.

La noche se tiñe de luto.

La anciana desprende una astilla del asiento de la silla, la estudia. No la convence, la arroja al fuego. Desprende otra astilla más afilada del respaldo y enseguida se limpia con ella las uñas. Una a una. Lentamente. Meticulosa. Al cabo abre la caja metálica y saca un cortaúñas. Las corta engurruñando los ojos. Primero la mano izquierda, luego la derecha. Y una a una las va tirando al fuego. Por cada uña, una chispa y un murmullo. La mujer observa la minuciosidad que le presta la anciana a su higiene y alza las cejas. Por diez uñas, una plegaria.

–¿Qué?

La mujer mueve de nuevo las cejas.

–¿Quieres que te corte las uñas?

La mujer asiente con las cejas en alto. La anciana acaricia al gato que dormita a sus pies y arrastra la silla hasta la colchoneta. El gato mueve la cola, luego la enrosca entre las patas y se repantiga mejor en el suelo.

–Venga, coge a la niña con la otra mano.

La mujer libera una mano sin dejar de apretar el cadáver envuelto en el jaique contra su pecho.

–¡Cómo las tienes, criatura!

La mujer parpadea.

–Pero ¿cuántos días llevas metida aquí?

El silencio se traga otra vez las respuestas. La anciana coge la mano de la mujer y se aplica. Uña a uña. Chispa a chispa. Murmullo a murmullo. Cambio de mano y el cadáver siempre contra el pecho de la mujer. La plegaria completa.

–¿Cómo tienes las de los pies?

La mujer se avergüenza.

–Déjame ver.

La anciana arrastra de nuevo la silla y la traslada a los pies de la mujer. Se agacha y le quita el zapato del pie derecho y enseguida los calcetines sucios y embarrados.

–Así no puedes seguir, ¿eh?

Arroja los calcetines encima de la toalla y la camisa en el rincón cerca del baúl.

–Madre mía, tienes los tobillos hinchadísimos.

La mujer no reacciona.

La anciana se levanta y acerca el bidón de agua. El gato abre los ojos y de inmediato vuelve a dormitarse. La anciana saca del abrigo un pañuelo azul celeste. Lo moja con agua y limpia los pies de la mujer. El pañuelo acaba en el mismo rincón que los calcetines.

–Con estos pies no llegarás a ninguna parte.

La mujer no le quita el ojo de encima al rostro adusto de la anciana.

Y, dedo a dedo, la anciana le corta las uñas. El mismo proceder, las mismas chispas, el mismo cuchicheo. Completa otra plegaria.

–Creo que tengo un par de calcetines. Voy a ver.

La anciana se levanta y abre el baúl. La tapa podrida rechina. El gato se sobresalta. Da cuatro pasos y de un salto se mete en el baúl.

–No, no, fuera. Tú, quieto debajo de la mesa o te echo de la choza.

El gato obedece, se dirige con las orejas gachas a tumbarse debajo de la mesa. La anciana mete medio cuerpo en el baúl, remueve cosas dentro.

–Aquí están.

Sus palabras en el interior del baúl casi hacen eco. Cierra la tapa.

–Y limpios, ¿eh?

Sentada en la silla, la anciana desenvuelve la bola del par de calcetines y viste los pies de la mujer.

–Mucho mejor, ¿verdad?

La mujer amaga con sonreír. La mueca en los labios no llega a aflorar. La anciana suspira y reposa la espalda con cuidado en el respaldo partido de la silla.

Una gota de la punta del carámbano cae al baúl.

Una gota de la punta del carámbano cae al suelo.

Sin réplica de eco.

–Habrá que enterrar a la niña, criatura.

La mujer resopla.

–Mañana lo hago.

La mujer gime.

–Si tú quieres, claro.

La mujer suspira.

–Con esta nieve será difícil.

La mujer solloza.

–Mañana la enterraremos.

La mujer asiente con los ojos.

–Ojalá mañana salga el sol.

La mujer llora.

–Tú no te preocupes, criatura. Yo me encargo.

El jaique en el pecho de la mujer le proporciona calor y congoja. Destapa el rostro de su hija para mirarla a los ojos, para tenerla cerca. Le besa los pelillos pegajosos de la cabeza, una, dos, tres veces. Se mancha de sangre los labios agrietados. Los lame con la lengua. Mastica su sangre como mastica la salivilla que se le forma en las encías. La sangre sabe a abandono, a desencanto. La sangre llena su lengua de emociones que desea nombrar.

–No te quedarás aquí para siempre, ¿verdad?

La mujer no reacciona.

–¿De dónde vienes?

La mujer sólo lame la sangre de sus labios.

–Da igual, criatura. Pero no puedes quedarte aquí.

La mujer tapa la cabeza de su hija con el jaique.

–Yo que tú, iría al norte.

La mujer aprieta el cadáver contra su pecho.

–Yo vengo del norte, criatura.

La mujer alza el cuello hacia el techo.

–Ahí al menos hay mar.

La mujer no despega los ojos del techo.

–Aunque ya me acostumbré a esta montaña.

La mujer se pierde totalmente en el techo.

–Sí, deberías dirigirte al norte.

El techo es opaco. La figura que dibuja la humedad entre viga y viga sólo es eso. Una superficie lisa rodeada por una superficie rugosa. No hay isla. No hay océano. No hay olas. No hay mar.

Otra gota del carámbano cae al baúl.

La llama del candil languidece.

Otra gota del carámbano cae al suelo.

Los chasquidos del fuego en la hoguera distraen al gato. De tanto en tanto abre los ojos. Al cabo se levanta y merodea alrededor. De un salto se sube a la mesa y abrumado rodea el candil. Luego se detiene y se fija en la polilla reposada en el cristal. Al rato la roza con las garras de una pata delantera. La polilla cae sobre una peca blanca del revestimiento de la pintura de la mesa. Ya definitivamente muerta. El invierno culmina su fin. El gato la toquetea otra vez y la abandona. Observa otro instante el candil y se baja de la mesa. Merodea otro tanto. A lo mejor busca algo que comer. Tal vez sólo quiere matar el tiempo con algún entretenimiento. Luego vuelve a la silla, se pega a la bota de la anciana y se estira en el suelo.

–La vida no tiene compasión, criatura.

La mujer cabecea.

–Lo sé bien.

La anciana estornuda.

El estornudo agita al gato y se levanta otra vez, se acerca al fuego. Olisquea frenético alrededor. Teje un movimiento en varios sentidos, aleatorios. Da unos pasos y husmea el baúl. Luego olfatea el bulto que forman la toalla, la camisa, los calcetines y el pañuelo en el rincón. Se echa para atrás. Salta del suelo y da dos pasos encima del baúl. O, en su caso, cuatro. Dos y dos. La tapa combada rechina. La mujer se agita sin emerger del fondo de su dolor. La anciana dormita a ratos en la silla. Respira fuerte, su ronquido acompasa el chisporroteo de la leña en el fuego. El gato baja del baúl y se acerca a los zapatos de la mujer. Los rodea un rato y se desvía a la colchoneta. Olfatea el nuevo hedor que emana de la manta y el jaique. Se acerca sigiloso al jaique y alarga una pata. La mujer cabecea, ha dejado de apretar el cadáver de su hija contra el pecho. El gato da otro paso y acerca la nariz, y con los dientes tira bruscamente del jaique. El cadáver de la niña sale disparado al suelo de tierra, cae junto al pedrusco al lado de la colchoneta. Se levanta polvareda. El ruido de la caída estremece en medio del silencio del duelo y se filtra abrupto en la pesadilla de la mujer y de la anciana.

«Sssssb.»

–Ssssseeb.

La mujer se sobresalta. Tose, carraspea.

La anciana persigue al gato por la choza. El gato se dirige directo a la puerta. Vuelve la mirada y echa un último vistazo al lugar, a la dueña y a su huésped. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

–La dejaré en el baúl.

La mujer solloza.

–Ya la has tenido suficiente tiempo en tus brazos, criatura.

La anciana da cuatro pasos, recoge el cadáver y lo envuelve con el jaique. Se acerca al baúl y con una mano abre la tapa. Coloca el cadáver con mucho cuidado dentro y cierra.

Fuera, el gato maúlla.

La luna se asoma detrás de la nube.

Un manto de nieve cae de lo alto del cedro.

–Me niego a verte así, criatura. Tienes que comer.

La mujer ni atiende.

–Voy a bajar al pueblo.

La mujer ausente.

–En el mercado tengo comida guardada.

El gesto duro en el rostro.

–Vuelvo en un par de horas como mucho.

La mujer frunce el labio inferior.

–Me llevo el candil, ¿vale?

La anciana se agacha y alimenta el fuego con unas ramas. Lo remueve con la varilla.

–Aguantará.

La mujer apenas se mueve.

–¿Me has oído? En menos de dos horas estoy contigo.

La mujer asiente.

–Tú intenta dormir, criatura.

La anciana se abrocha el botón del cuello de su abrigo deshilachado, agarra el candil y sale de la choza. Se oye jadear a lo lejos. Cada vez menos intenso.

Los carámbanos se encogen.
Lejos del baúl y lejos del suelo.
Como dos mechas.
Es luna llena.

Por el hueco de la persiana rota, el exterior se oye negro, o blanco. La mujer apenas aprecia la diferencia e intenta dormir. Se concentra en el techo, no lo consigue. Se concentra en el fuego, no lo consigue. Se concentra en la respiración, no lo consigue. Se concentra en las goteras, no lo consigue. Se concentra en el baúl y enseguida se rinde a su influjo. Cierra los ojos, deja la mente en blanco, o en negro. Un instante, dos. Ese lapso atroz de las pesadillas.

No es un sueño, es una despedida. Un hoyo acústico de amor.

Muchas gotas, al suelo y al baúl.
La nube se despeja.
La luna irradia.
Los carámbanos como dos espigas.

De pronto se aproximan unos pasos rápidos, pesados. De alguien que huye. Son seguidos de inmediato por jadeos. De repente el candil ilumina la escarcha en el umbral de la puerta.
–¿Te ha visto alguien aquí? –pregunta la anciana alterada.
La mujer entreabre los ojos. Alarmada, parpadea.
–Te están buscando.

La anciana se sacude la nieve del abrigo, de la cara, del pelo. La mujer se frota los ojos. La anciana jadea y deja el candil encima de la mesa. La mujer tose, carraspea. De inmediato se aclara la garganta. La anciana resopla, escupe al suelo de tierra. La mujer de sobra sabe que debe cuidarse la garganta.

–No me ha dado tiempo a coger comida.

La mujer amaga con incorporarse.

–He vuelto para avisarte.

La mujer se apoya en la pared.

–Están subiendo la montaña.

La anciana se acerca y la ayuda.

–Tienes que irte ya.

La mujer saca fuerzas del vacío que aún la llena por dentro y se pone en pie.

–Son un hombre calvo con bigote y dos gemelos.

La mujer busca los zapatos. Se apoya en el brazo de la anciana. Se calza. Primero el pie derecho con torpeza. Luego el izquierdo con torpeza. No percibe el roce de las uñas. Los zapatos aprietan sólo por el talón.

–Márchate al norte, hazme caso.

La mujer parpadea.

–Tú confía, sigue las estrellas.

La mujer se abrocha el abrigo desgarrado.

–Lo conseguirás, lo sé.

La anciana abraza a la mujer.

–Vete ya, criatura.

La mujer besa a la anciana.

A unos metros de la choza, el cedro se encarna en la nieve.

Abnegado.

Modesto.

Siempre recto. Nada agota más que el acecho de una derrota inminente. Desorientada, la mujer barre de un vistazo la choza de punta a punta. De carámbano a carámbano. Se rasca la cicatriz en el entrecejo. Posa los ojos en el baúl. Un instante, dos. Ese lapso eterno de la desesperanza. Y se marcha. Como pidiendo perdón.

Aterrada, franquea la puerta y echa a andar contra la ventisca. Bajo la blanda luz de la luna. El pelo se alborota, los pies se hunden, las rodillas tambalean, los tobillos flaquean. Con los desgarros del cuerpo aún en carne viva. El espíritu duele y avanza contra una nieve intacta como una inmensa mortaja.

–Corre, criatura, corre. No mires atrás. La enterraré, te lo prometo, la enterraré –grita la anciana desde el quicio de la puerta.

Su voz resquebraja el silencio.

Nieva.

Nieva sobre la montaña y su noche.

Nieva sobre la mujer y su eco.

El invierno cada año es menos crudo.
De la choza apenas queda rastro.
El cedro resiste en su sitio.
La montaña también.

Nota:

La canción del borracho se titula *Taqessist-inu* [Mi poema] y es de Fadma El Ouariachi. Pertenece a su poemario *Yesremd-ayi wawar* [Me educó la palabra]. Lo he traducido del rifeño.

…

Gratitudes a:

Abdeslam El Morabet
Berthe Rubaki Yago
Dixon Abreu
Gonzalo Fernández Parrilla
Hafid Bentouhami
Leila Nachawati Rego
Luisa Máñez
Malika Embarek López
Rocío Rojas-Marcos
Youssef El Maimouni

por su consejo y cercanía
y, sobre todo, por su oído poético.